

Simetría, asimetría y disimetría en el vocalismo iberorrómanico

1) *Un problema metodológico*

La lingüística no es —todavía y por fortuna— una ciencia axiomática. Intentos no han faltado, desde luego: empezando por los casi algebraicos *sutra* del Astadyādhi de Panini y terminando en el formalismo a ultranza de la glosemática danesa toda una serie de planteamientos rigoristas jalonan la historia de nuestra disciplina. Ninguno, sin embargo, ha estado tan cerca del ansiado a priori como la fonología —descubierta, ya que no nacida, en el círculo de Praga—. La razón parece obvia: sólo el significante de los signos lingüísticos es independiente, hasta cierto punto, de los signos mismos; pretender someter el significado a reglas que no emanen de su propia conformación interna (llámense lógicas, psicológicas o del tipo que sea) es querer poner vallas al campo¹.

El significante, en cambio, para bien o para mal, se realiza fónicamente y se capta acústicamente, es lineal y depende en sus manifestaciones del tiempo y del aparato articulatorio humano. Provistos de esta reconfortante convicción apriorística los primeros fonólogos de Praga establecieron una serie

(1) He tratado esta cuestión y las implicaciones que de ella se derivan para la metodología lingüística en *Elementos de Semántica dinámica. Semántica española*, Zaragoza, Pórtico, 1977, a donde remito al lector.

de axiomas fonemáticos —resultantes, eso sí, de la observación de un número bastante extenso de lenguas, pero que respondían, en última instancia, a una extrapolación arriesgada—, que debían regir, así se creía, el desarrollo futuro de la nueva disciplina. Entre ellos quisiera destacar aquí uno que nos va a acompañar implícitamente en los planteamientos que subyacen a este trabajo, por más que en seguida nos veamos obligados a perfeccionarlo: según Trubetzkoy, «en todo sistema vocálico la clase de localización de claridad máxima y la clase de localización de oscuridad máxima contienen siempre el mismo número de grados de apertura... Esto vale sin restricción para los sistemas cuadrangulares, en tanto que en los sistemas triangulares se agrega además la vocal de apertura máxima que se encuentra fuera de las clases de localización... En los sistemas vocálicos de tres clases, la clase de localización media no puede contener más fonemas que cada una de las clases extremas»².

Lo cual, *mutatis mutandis*, significa que los sistemas vocálicos de los lenguajes humanos son necesariamente *simétricos*, en el sentido de que un sistema triangular X puede plegarse sobre sí mismo siguiendo la vertical que pasa por el vértice de abertura máxima /a/, de forma que a cada fonema de la serie anterior - palatal corresponda uno y sólo uno de la serie posterior - velar; en medio, en dicha vertical, caben otros fonemas de localización intermedia y que no siguen la regla propuesta, los anteriores labializados (ü francesa) o los posteriores deslabializados (ω del turco).

Sin embargo esta afirmación programática, como tantas otras de la efervescencia fundacional, tuvo que ser revisada cuando la fonología —sincrónica en su origen— quiso hacerse diacrónica: presuponer que un sistema vocálico (o consonántico) es necesariamente simétrico, es tanto como pretenderlo perfecto e imposibilitado, en consecuencia, de toda capacidad de evolución. De hecho tal suposición no habría llegado ni siquiera a darse si la fonología hubiese sido un producto de la lingüística románica, pues —como los romanistas sabían

(2) TRUBETZKOY, N. S., *Principios de fonología*, Madrid, Cincel, 1973, pp. 103-4.

muy bien— el sistema vocálico del protorrumano (y tal vez el del fr. ant.) es en sí mismo *asimétrico* y no satisface, en consecuencia, los requerimientos apuntados arriba: cuando la cualidad sustituye a la cantidad en el vocalismo latino - vulgar, la Rumania oriental mantuvo los timbres originarios en la serie velar (haciendo $\bar{U} + \bar{U} = u$; $\bar{O} + \bar{O} = o$) pero siguió a la occidental en la fusión de $\bar{I} + \bar{E} = e$, con lo que la serie palatal resultó con un grado de abertura más que la velar ($e / e / i \sim a \sim o / u$)³.

A nadie extrañará por tanto que la reacción al apriorismo de Trubetzkoy surgiese precisamente de la lingüística románica, la única que disponía de testimonios suficientes —en el origen, en medio y al final de cada proceso fonético— como para no tener que «asterisquizar» en exceso. Y fue justamente en su seno donde nuestro problema, al nacer con A. Martinet la fonología diacrónica, encuentra una explicación satisfactoria: guiado por un elemental —pero de nadie imaginado— realismo fonético, Martinet parte de una constatación fisiológica fundamental, la de que el aparato articulatorio humano es esencialmente asimétrico siendo las posibilidades de la serie velar mucho más reducidas que las de su correlato palatal, y que en consecuencia el número de fonemas anteriores que podemos esperar en el sistema vocálico de cualquier lengua ha de ser forzosamente igual (es el caso del español actual) o superior (protorrumano) al de fonemas posteriores⁴. Las oposiciones de abertura presentan un margen de seguridad mucho menor en la serie velar (/u/ ~ /o/) que en la palatal (/i/ ~ /e/) pues al aumentar el ángulo maxilar los labios se retraen automáticamente y la labialización, concomitante de las articulaciones vocálicas posteriores, tiende a desaparecer; acústicamente sucede algo parecido y los oyentes que distinguen con facilidad gradaciones sutiles del tipo $i / i / e / e /$ se ven precisados a simplificar el efecto sonoro al enjuiciar la serie $u / u / o / o /$.

(3) Cf. HALL, R., «The Development of Vowel Pattern in Romance», *Lingua*. IV, 1954, pp. 394-406.

(4) MARTINET, A., *Economía de los cambios fonéticos*, Madrid, Gredos, 1974, 4.3 y sobre todo p. 139.

Con ello estamos en condiciones de enunciar algún axioma de nuestra disciplina, siquiera sea tentativamente: tan imposible es un fonema interdental oclusivo (que provocaría horribles mutilaciones en la lengua) como un sistema vocálico con más grados de abertura en la serie velar que en la palatal, y en efecto las lenguas actuales no presentan ninguna estructura de este tipo pues para articularla se requeriría la boca de un pez, no la de un ser humano.

2) *Un problema histórico*

Arropado por esta convicción (o sospecha) metodológica voy a abordar ahora un punto oscuro de la historia del español que, conforme a ella, se nos entenebrece todavía más: según Menéndez Pidal⁵ la *Ū(M)* final latina de los sustantivos y adjetivos masculinos perduró en Castilla hasta bien entrado el siglo XIII como *-u*; los primeros textos (Glosas Em. y Sil.) muestran ya casos de convivencia *-u / -o < ŪM*, pero la vacilación subsiste a lo largo del XI y XII y todavía se registra en las regiones más arcaizantes hasta fines del XIII. Menéndez Pidal considera este mantenimiento de *-u* final como un arcaísmo conservador de la distinción latina *-Ū / -Ō*, arcaísmo poco frecuente en docs. leoneses de Eslonza y Sahagún, pero que prolifera en textos aragoneses de S. Victorián y S. Juan de la Peña, y que subsiste hoy en ast. centr. y en sar. estando relacionado también con la metafonía portuguesa. Para M. Pidal esta *-u* debió ser más abierta que la procedente de *Ū* latina y de ahí su posterior confusión con *-o*.

A parecidas conclusiones llega G. de Granda en su estudio sobre el problema de la *-u* final en el dialecto leonés⁶: la *-Ū(M)* latina evolucionó hasta un *fonema* (el subrayado es mío) de abertura intermedia entre *ɥ* y *ɔ*, un */ɥ/*, que aun se conserva en este estado arcaico en ast. occ., y que terminó fundiéndose con *-o* en cast. y arag., pero reduciéndose a *-u* en

(5) MENÉNDEZ PIDAL, R., *Orígenes del español*, Madrid, Espasa-Calpe, 7.ª ed., 1972, p. 535.

(6) GRANDA GUTIÉRREZ, G. DE, «Las vocales finales del dialecto leonés», *Trabajos sobre el dominio románico leonés*, Madrid, Gredos, t. II, 1960, pp. 115 y ss.

ast. centro-oriental, y de ahí la metafonía de esta parte del dialecto.

Con ello nuestra ciencia que quería ser axiomática y desde Martinet, con un elemental sentido común, es simplemente realista, se encuentra con una curiosa paradoja: si $-y < -\bar{U}M$ se ha mantenido distinta de $y < \bar{U}$ y de $\varphi < \bar{O}$ en la edad media en casi todo el centro peninsular, y presenta todavía este estado originario en ast. occ., hemos de suponer un protovocalismo centropeninsular de tipo asimétrico que con una asimetría contraria a las posibilidades del aparato articulatorio humano contradice claramente los presupuestos de que partíamos:

i	y		i	y	(Esquemas * 1 y * 1')
e	y	Diptongación	e	y	
	ø	→		o	
e	ø		a		
	a				

El vocalismo propuesto arriba podría evitarse si suponemos que en el centro peninsular $\bar{U} = \bar{U} = u$ en la final (con solución rumana) —como en el sur de Italia y por los mismos motivos que para dicha zona expuso ingeniosamente H. Lausberg⁷—, pero que posteriormente, al calor de la unificación de las vocales finales palatales en $-e$, las velares lo hicieron en $-o$ en cast. y arag. pero no en leon. Sin embargo, aparte de las razones argüidas por D. Alonso contra la pretendida existencia de un vocalismo de tipo rumano en Hispania⁸, hay testimonios que contradicen decididamente esta solución (tan artificiosa por lo demás):

1) La igualación $-u / -o$ en $-o$ habría arrastrado no sólo a las voces populares sino también a los cultismos con $-u$ introducidos antes de fines del XIII, a *espíritu* (Corominas, DCELC, lo registra en Berceo), a *tribu* (ídem en textos alfonsíes; por mi parte lo encuentro ya en el *Liber regum* de comienzos del

(7) LAUSBERG, H., *Lingüística románica*, Madrid, Gredos, t. I, p. 274.

(8) ALONSO, D., «Sobre el vocalismo portugués y el castellano (con motivo de una teoría)», *E.L.H.*, supl. t. I, Madrid, C.S.I.C., 1962, pp. 5-23; LÜDTKE, H., *Die strukturelle Entwicklung des romanisches Vokalismus*, Bonn, 1956.

XIII, 2.25, 2.29, 3.13), etc., por más que la tendencia analógica los haya restituído alguna vez hasta -o en hablas vulgares (*espirto* en Cespedosa de Tormes p. ej.).

2) La metafonía a que dicha -u dio lugar en Italia desde su origen, es en asturiano relativamente reciente, posterior a la diptongación de Ē y Ō, así como a la monoptongación de los diptongos decrecientes AI, AU⁹.

3) El ast. occ. mantiene todavía hoy un sonido procedente de -ŪM distinto de -u y de -o y que se localiza en la zona media del canal bucal como veremos más adelante.

Hemos de rendirnos a la evidencia: los puntos 1-2-3 no demuestran sino que el sonido procedente de -Ū(M) era distinto de u < Ū y aun de toda realización de /u/ (piénsese que la metafonía es posible incluso con -o como sucede en gallego). Ya no se trata de que */u/ contradiga gravemente nuestro principio axiomático sino incluso de que por puras razones fonéticas tal entidad parece poco probable.

3) *Vuelta a los orígenes*

La solución, si existe alguna para tamaño galimatías, tendría que responder a los siguientes presupuestos teóricos:

a) Dado que Ū y Ō se mantuvieron distintos en posición final durante bastante tiempo sin que el resultado de Ū llegase a confluír con el de Ū es preciso desplazar alguno de estos fonemas a otra zona de localización del canal bucal para evitar un vocalismo asimétrico de tipo *1' —solución habitual en la evolución de los sistemas consonánticos pero menos frecuente en los vocálicos que prefieren la bimatización— (condición paradigmática).

b) Si Ū / Ū / Ō llegaron a alternar al final de las palabras romances es de esperar que lo hicieran también en medio pues la evolución diacrónica de todas las lenguas tiende a mantener las distinciones en posición acentuada y a suprimir-

(9) ALONSO, D., «Metafonía, neutro de materia y colonización suditaliana en la península hispánica». *E.L.H.*, supl. t. I, Madrid, C.S.I.C., 1962, pp. 118-19.

las en las demás y sobre todo en la final (tendencia sintagmática).

c) Sin embargo y dado que los primeros docs. romances sólo permiten adivinar el mantenimiento de la distinción en posición final, hay que suponer que tras la igualación $\ddot{U} = \ddot{O}$ en posición no final el resultado de $-\ddot{U}$ se mantuvo en su carácter como alófono de otro fonema del sistema a fin de no quedar aislado, sin rendimiento funcional opositivo y reducido a una triste función demarcativa —es asimismo la solución más frecuente en los sistemas consonánticos: piénsese en la evolución de $-\ddot{s}$ que tras intentar asimilarse a $/\ddot{s}/$ terminó haciéndose alófono de $/s/$ y no participó en general de la evolución de aquél (alternativa sint-par.).

Con ello he amontonado hipótesis sobre hipótesis y quedo emplazado a justificarlas basándome en hechos objetivos. Creo que los que interesan a los puntos a-b-c podrían ser los siguientes:

a') R. Jakobson, citando a Koehler y Stumpf, considera que la adquisición del vocalismo por el niño está determinada por la relación inversamente proporcional que se establece entre la oposición de cromatismo (abertura) y la de claroscuro (localización o timbre), de forma que cuando el cromatismo disminuye el claroscuro aumenta y al revés. En la medida en que los resultados de la investigación ontogenética resultan aplicables a la filogenética —y R. Jakobson piensa que la dependencia de ambos procesos de desarrollo es absoluta¹⁰— parece abrirse una escotilla de salvación a nuestro problema histórico: la \ddot{u} al disminuir el número de grados de abertura (cromatismo) en la serie anterior, sin que sucediese lo mismo en la velar, contra lo que era de esperar, no tuvo más remedio que incrementar la oposición de timbre pa-

(10) JAKOBSON, R., *Langage enfantin et aphasie*, Paris, Minuit, 1969, pp. 78 y ss. Las argumentaciones basadas en el lenguaje infantil —pese al impresionante antecedente de Grégoire— no son demasiado frecuentes en la lingüística románica y menos en la española pero parecen tan legítimas como cualesquiera otras siempre que se atengan, eso sí, al sentido común (F. LÁZARO CARRETER sería un precursor en este sentido; cfr. sus consideraciones a propósito de un viejo problema histórico en «¿F. H., fenómeno ibérico o romance?, *Actas 1.º Reunión de Toponimia pirenaica*, Zaragoza, 1949).

sando a la —hasta entonces fonológicamente inexistente— zona de localización media del canal bucal, es decir realizándose como vocal mixta.

Hasta aquí una suposición, apoyada, eso sí, por la existencia de fenómenos similares en otros romances como el paso $U > \ddot{u}$ del francés que para algunos autores habrá que atribuir a presiones estructurales del sistema más que a sustrato celta¹¹. Sin embargo es preciso advertir que desde un punto de vista estrictamente fonético la conversión de nuestra $\text{u} < \ddot{U}$ en \ddot{u} francesa —[y] en el A.P.I.— resulta más bien dudosa: este sonido sobre ser extremadamente cerrado —correlato mixto de u y no de u — no es propiamente una vocal media (capaz de terminar confluyendo con las posteriores de donde habría salido) sino la vocal anterior labializada correspondiente a la deslabializada [i]. Si u hubiera querido mantener su abertura trasladándose a la serie media —con la consiguiente labialización y abocinamiento— el resultado habría sido más bien la \ddot{u} sueca o noruega —[u] en el A.P.I.—, correlato labializado de otro sonido medio, el jeiry ruso —[ĩ] del A.P.I.—; dicha [u] labializada y abierta se encuentra situada a medio camino entre la serie anterior y la posterior y aun tiende a esta última pudiendo confluír a la postre nuevamente con o . La anterior presunción metodológica no es con todo gratuita y la abonan, en mi opinión, los siguientes hechos¹²:

1) En dialectos portugueses actuales sorprende encontrar, junto a [y] francesa, el resultado nórdico y exótico de [u] bien que remontando a \ddot{U} y no a \ddot{U} , luego veremos por qué¹³.

(11) Cfr. HAUDRICOURT et JUILLAND, *Essai pour une histoire structurale du phonétisme français*. Paris, 1949, pp. 101-3.

(12) Cfr. para la descripción de las u sueca y noruega (que aparecen en palabras como *hus, ful, du*, etc.) JESPERSEN, O., *Lehrbuch der Phonetik*, Leipzig, Teubner, 1933, p. 156. La [u] francesa de *amour*, etc., evoluciona claramente hacia [u] en el habla parisiense según B. MALBERG, *Manual de Phonétique générale*, Paris, Picard, 1974, p. 142.

(13) Para el Alemtejo y Beira Baja cfr. LEITE DE VASCONCELOS, J., *Esquisse d'une dialectologie portugaise*. Paris-Lisboa, 1901, p. 81; para el Algarbe HAMMARSTROM, G., *Étude de phonétique auditive sur les parlers de l'Algarve*, Uppsala, 1953, p. 146 y ss.; para las Azores MARTINET, A., «Function, structure and sound change», *Word*, VIII, 1952, pp. 1-32 y *Economía*, op. cit., § 2.18. En casi todas estas zonas conviven [y] y [u] que desde ahora represento conjuntamente por \ddot{u} .

2) Según los datos dialectológicos recogidos por el insigne fonetista L. Rodríguez Castellano en 1932 en ast. occ. el resultado de -Ū(M) final latina es en sus transcripciones casi siempre una - \ddot{u} —es decir una especie de \ddot{u} francesa muy abierta, justamente una \mathfrak{u} — que dada su proximidad con \mathfrak{u} (de donde procede) y con \mathfrak{o} (al que terminará por unirse en otras partes) es interpretada tendenciosamente por G. de Granda como \mathfrak{u} , a pesar de que el 80 % de los términos que él mismo aduce contienen \ddot{u} y en el 20 % restante conviven \mathfrak{o} , \mathfrak{u} , \mathfrak{u} , etc.¹⁴.

3) El paso $\ddot{U} > \mathfrak{u}$ de parte de Hispania o de toda ella venía propiciado por el mismo latín. Sabido es que en la lengua arcaica de Plauto y otros autores existía un sonido (o fonema) medio procedente precisamente de \ddot{U} ante cons. labial (en *optumus, maxumus, pontufex, manubiae...*) y que más tarde evolucionó a \mathfrak{I} , aunque no siempre. No sabemos cómo sonaba exactamente esta vocal intermedia pero hay motivos para sospechar que se trataba de una \mathfrak{u} : aunque Prisciano la identifica con la upsilon griega (es decir con \ddot{u} francesa), antes que él y cuando el recuerdo de dicho sonido aún estaba fresco, Quintiliano niega explícitamente la existencia pasada o presente de un sonido upsilón en latín, y Velio Longo observa que esta \mathfrak{u} —¿ \mathfrak{u} ?— tiende a confundirse con una especie de \mathfrak{i} —probablemente con su correlato deslabializado \mathfrak{i} — separándola de [y] al tiempo que sugiriendo su verdadera entidad fonética («usque \mathfrak{i} littera castigauimus illam pinguitudinem, non tamen ut plene \mathfrak{i} littera enuntiaemus») ¹⁵. El primer testimonio de la pérdida de este sonido se remonta al doblete *infimo / infimum* de una ins. de fines del s. II a.J.C. y

(14) Cfr. GRANDA, *Las vocales finales...* op. cit. *Concejo de Navia*: tempü, malü, palü (Murias), figü, aquisü, fougü (Oneta), caldeirü, cuerpiü (Villabone); *Concejo de Narcea*: vaqueirü junto a toupu, pequeño; *Cangas de Luarca*: fichü; *Concejo de Cudillero*: yelsü; *Concejo de Salas*: todü, vieyü; *Las Regueras*: tesü, etc.

(15) Para esta cuestión cfr. W. SIDNEY ALLEN, *Vox latina*, Cambridge University Press, 1970, pp. 56-59 con abundante bibliografía. Él mismo simboliza la vocal intermedia latina por \mathfrak{u} —supongo que siguiendo las normas del A.P.I.— aunque sin relacionarla con las \mathfrak{u} sueca, noruega y portuguesa. Que hoy *optumus, maxumus*, etc., tengan \mathfrak{i} no tiene nada de particular pues se trata siempre de evidentes cultismos.

Cicerón todavía lo conocía aunque lo considerase «rusticanus»: siendo la presencia de Roma en la península muy anterior a dichas fechas (Tarragona en 218, Jaca en 197, Lusitania entre 191 y 186) podemos suponer —aunque sólo sea eso, una suposición— que el latín de Hispania (apoyado seguramente en hechos de sustrato a los que me referiré más adelante) extendió el valor \mathfrak{u} de dichas \bar{u} ante labial a todas sus ocurrencias propiciando así la distinción \bar{u} / \bar{u} en toda posición y salvaguardando el vocalismo amenazado de caer en una asimetría difícil.

4) Esta \mathfrak{u} < \bar{u} con su extensa labialización aunada a una localización medio-posterior y no anterior daría razón de una curiosa propiedad de los arabismos hispanos que sorprendía a Steiger y a la que no encontraba explicación: si los préstamos del árabe al mozárabe (y a través de él a los demás romances peninsulares), al bereber y al siciliano hacen uniformemente \bar{u} > o y \bar{u} > u , en España, pero no en las otras dos zonas, cons. labial + \bar{u} hace también o (no es que el paso \bar{u} > u sea obligatorio: según me informa el Dr. Marcos Marín también tenemos \bar{u} > o en entornos velares, velarizados o faríngeos, así como en posición átona o final tónica; sin embargo subsiste la peculiaridad hispánica del comportamiento con labial antecedente que es realmente curiosa)¹⁶. La causa —aunque podrían arbitrarse otras hipótesis, desde luego— parece estribar precisamente en nuestro fonema peninsular \mathfrak{u} : la combinación «labial + \bar{u} » debió sonar \mathfrak{u} (o más exactamente $w\bar{u}$ que como veremos equivalía a él) y de ahí su posterior evolución a o .

A parecidos motivos habría que achacar tal vez la conver-

(16) STEIGER, A., *Contribución a la fonética del hispanoárabe y de los arabismos en el iberorrománico y en el siciliano*, Madrid. 1932. Anejo XVII de la R.F.E., pp. 347 y ss. He aquí algunos ejemplos (he procurado seguir las normas del autor cuando no transcribe los términos): a) Diplomas de Cusa: $alb\bar{u}lfit\bar{u}k = bulfituj$, $alb\bar{u}zar\bar{y}ur = budsardsum$, $ibn-al-b\bar{u}nit = el-bunite$, $b\bar{u}z\bar{u}yalat = budsoele$, etc.; b) Romances peninsulares: $bu = bo$ en $buruk = esp. y port. alboroque$, cat. $alboluch$; $b\bar{u}q = esp. y port. ant. albogue, alboque$; $b'urn\bar{u}s = esp. albornoz$, port. $albornó$ (atābūi: = ataud es reducción de ataud); en cambio $\bar{u}b = ub$ y no ob , resultado que suscribiría cualquier tratado de Fonética general (cfr. JÜVENEM > * JŎVENEM [r. jeune): $\bar{l}ubija = esp. alubia$; qal 'at' $\bar{a}j\bar{u}b = ant. Calatayube$; asimismo $f\bar{u} = fu$, $m\bar{u} = mu$ en $marf\bar{u}d = marfuz$, $d\bar{a}m\bar{u}s = Ademuz$ (Valencia). *Daimuz* (Granada), etc.

sión $\ddot{u} > \text{¿u?} > o$ de alguno de los galicismos de introducción remota (*bronir* p. ej.)¹⁷, aunque en este punto y dada su fecha casi siempre posterior al s. XI no es posible aventurar conclusiones de ningún tipo.

b') Con ello llegamos al siguiente vocalismo protohispánico simétrico 1 que no atenta contra el axioma establecido arriba y está soportado por ciertos indicios objetivos:

i	u	u
e		o
ē		ō
a		

$i < \bar{I}$, $e < \bar{I} + \bar{E}$, $e < \bar{E}$, $a < \bar{A} + A$, $u < \bar{U}$, $u < \bar{U}$, $o < \bar{O}$, $o < \bar{O}$

Sin embargo el sistema 1 constituye, de momento, un salto en el vacío: la evidencia de la pervivencia del sonido [u] en Hispania (ya venga de \bar{U} , ya de \bar{U}) y aun la de su existencia pretérita en latín no nos permiten inferir sin más su calidad fonémica. Para ello, para que de [u] podamos pasar a /u/, es preciso demostrar que, al menos durante un cierto período, dicho sonido permitía distinguir los derivados de \bar{U} de los de \bar{U} y \bar{O} en cualquier posición.

Lo sorprendente es que los testimonios escritos conservados apoyan plenamente tal suposición y ello contra la tendencia del latín vulgar general que unificó primeramente \bar{U} / \bar{O} , más próximos entre sí que \bar{I} / \bar{E} . A tres cuartos de siglo de distancia las conclusiones de Carnoy¹⁸ sobre el latín vulgar de España deben tomarse, sin duda, con ciertas precauciones, pero aun así hay un hecho que destaca vigorosamente del conjunto de fenómenos estudiados y que trabajos posteriores confirman por completo¹⁹: las inscripciones lati-

(17) Cfr. reseña de J. FOREST. «Old French Borrowed Words in the Old Spanish...» en *R.F.E.*, VI. 329-31.

(18) CARNOY, A., *Le latin d'Espagne d'après les inscriptions*, Bruxelles, 1906, 2.^a ed. (reimpresión 1971, New York, Georg Olms Verlag), §§ 2, 3, 7, 10.

(19) Los datos de Carnoy son confirmados por M. DÍAZ Y DÍAZ («El latín de la península ibérica: rasgos lingüísticos», *E.L.H.*, t. I, Madrid, C.S.I.C., 1960, pp. 153-97) donde se atiende especialmente a la época cristiana y visigótica: si el paso $\bar{I} > e$ se documenta abundantemente desde el siglo II d.J.C., el correlativo $\bar{U} > o$ no aparece sino hasta el siglo VII en *Levante* (adscripción geográfica que como luego veremos tiene su importancia) y además de forma vacilante.

nas de Hispania alargan la distinción de \ddot{U} / \ddot{O} en toda posición hasta fines del s. VIII, mostrando en cambio tempranas igualaciones de \ddot{I} / \ddot{E} que remontan al comienzo de la era cristiana. Claro que el habla vulgar mostraría seguramente un grado de confusión más avanzado, pero en todo caso subsiste la notable y muy documentada disimetría $\ddot{I} = \ddot{E}$ / $\ddot{U} \neq \ddot{O}$ de las inscripciones que en alguna medida tiene que reflejar el status del protorromance hispánico.

Y ni siquiera eso: por fortuna entre los últimos testimonios latinos y los primeros «vagidos» romances el vacío de cuatro o cinco siglos puede ser llenado, bien que imperfectamente, por las tablillas visigodas descubiertas hace algunos años y que están escritas en un latín tan bárbaro que con frecuencia ronda el romance²⁰. El estudio de la situación relativa de \ddot{U} / \ddot{O} respecto a \ddot{I} / \ddot{E} permite bosquejar una primitiva partición dialectal: a) Las tablillas encontradas en los alrededores de Ciudad Rodrigo, cerca de lo que luego sería el territorio del primitivo portugués, distinguen \ddot{U} / \ddot{O} (pero no \ddot{I} / \ddot{E}) en los siglos V y VI pero confunden con frecuencia en el VII; b) el texto hallado en Carrio (Navia, Asturias) pese a ser posterior —del siglo VIII— distingue cuidadosamente \ddot{U} / \ddot{U} / \ddot{O} pero confunde \ddot{I} / \ddot{E} de forma reiterada constituyendo en conjunto un doc. más cercano al romance que al latín como atestiguan otros fenómenos vulgares²¹.

c') No poseemos testimonios que salven el hiato que media desde dicha época hasta la de orígenes pero en todo caso es evidente que hacia el s. X \ddot{U} —/u/— y \ddot{O} habían confluído en todas las posiciones salvo en la final. He apuntado arriba que -u debió convertirse en alófono de un nuevo fonema

(20) GÓMEZ MORENO. M., «Documentación goda en pizarra», B.R.A.E., XXXIV, 1954, pp. 26-58.

(21) Sorprende, en efecto, la vulgaridad del texto, sobre todo a la luz del conservadurismo del latín hispánico: confusiones b/v iniciales (*berus*), sonorización de sordas intervocálicas (*liuerade*, *aguro* por *acurro*), TY = CY (*lauoranciu*, *auitanciu*), incluso un raro C'L > k'j de interpretación dudosa (*obegiam* por *oviculam*). Y en medio de este panorama, al lado de constantes igualaciones $\ddot{I} = \ddot{E}$ (*tinētis* por *tēnētis*, *riduscad* por *reduxat*, *dicesi* por *decēssi*, *cacena* por *cacillere*, etc.) perfecto mantenimiento de \ddot{U} / \ddot{O} en más de 30 palabras con un aislado *pusideres* por *possideres*, de interpretación dudosa y en el pasaje más oscuro del texto.

/ɥ/² que extrae sus realizaciones tónicas y en general no finales de orígenes distintos a la U latina.

Examinemos la cuestión en puros términos fonéticos: acústicamente el sonido [ɥ] varía dentro de los límites de un amplio espectro que va de [y] a [ø] —ö francesa cerrada— pudiendo alternar en sus realizaciones con cualquiera de ellos y estando posibilitado, en consecuencia, para manifestar tanto el fonema /ü/ como el fonema /ö/; además [ɥ] tiene algo de la semiconsonante [w] y de la semivocal [ɥ]: como ellas supone la combinación de la abertura vocálica de *u* con la extrema labialización cuasiconsonántica de las fricativas labiovelares: si los labios se cierran casi totalmente e inician una rápida abertura hasta *ɥ* llegamos a [w]; si la abertura vocálica precede a la cerrazón labial el efecto es [ɥ]; si ambos movimientos son simultáneos resulta [ɥ]²². Sin embargo la simultaneidad de ambos rasgos y por tanto el mantenimiento de [ɥ] es difícil y con frecuencia sus elementos componentes tienden a disociarse —unas veces como *wɥ*, otras como *ɥɥ*— generando dos semidiptongos extremadamente próximos a [w] y [ɥ].

No faltan en la Romania testimonios de la igualación *ü* / *w* / *ɥ* aunque referidos claro está a [y] que es la forma usual de las vocales mixtas labializadas altas: unas veces la similitud alcanza a los semidiptongos —en hablas francoprovenzales *ɔ* > *ou* > **ɥɥ* > [y], NEPOTE *nevü*, etc.—, otras se produce a escala monofonémica —fr. ant. *ɔ* sil. lib. > *ö* y *Q* > *ö* requieren [ɥ = y] y [w = y] como es sabido²³—. Por otra parte Donato relacionaba la vocal intermedia *ɥ* con la *u* de *uir*, *uideo*, etc., y aun es de destacar que las tablillas hispano-godas de la zona salmantina introducen una curiosa variante paleográfica para la upsilon griega —la *u* ganchuda, que en otras partes constituye una abreviatura pra -US (Rá-

(22) Para las relaciones *ɥ*, *w*, *ɥ* cfr. HEFFNER, R.M.S., *General Phonetics*, Wisconsin Un. Press, 1956, 90-110.

(23) Cfr. W. MEYER-LÜBKE, *Gramatik der romanischen Sprachen*, Leipzig, 1890 (reimpresión 1972, New York-Hildesheim, G. Olms Verlag), §§ 110-25, y BOURCIEZ, J., *Phonétique française (Étude historique)*, Paris, Klincksieck, 1974, §§ 66 y 72.

vena, Egipto, etc.)— que en testimonios posteriores pasa a representar el *w* y la *Ū* en toda posición²⁴.

Sabemos que *Ū* no se confundió sino tardíamente con *Ō* porque pudo labializarse hasta *u* o al menos es imaginable que lo hiciese; además nos consta el carácter labial de [*w*] y [*u*] en la edad media, el de *w* por grafías del tipo *uu* (*uuebos*, *uuellos*, etc.) que no podían representar *G^w* como en la actualidad pues la transcripción del *wau* de los arabismos y germanismos era uniformemente *gu*²⁵, y el de *u* por ciertas confusiones de los textos primitivos —*obtoricare* AUCTORICARE, *copto* CAUTU, etc., *Orig.* 19—: reconocida la igualación *ü / w / u* en otras partes, y comprobado que en Hispania se trataba de tres labiales, no es de extrañar que llegaran a alternar como representantes de un mismo fonema, nuestro hipotético * /*u*/.

4) De la simetría a la disimetría

La alternativa anterior, basada en la hipotética existencia del protovocalismo *I* común a toda la península, aumentará sus márgenes de credibilidad en la medida en que ayude a explicar de forma satisfactoria la evolución de los romances, tan irritablemente divergente y disimétrica.

Piénsese que contra la acostumbrada imagen de la simplicidad de los sistemas vocálicos peninsulares se alza la evidencia de su radical disimetría evolutiva que apuntalan una serie de hechos: los romances centropeninsulares (ar., cast., leon.) diptongan *Ē* y *Ō*, los extremos (cat., gall., port.) no, manteniendo el número de grados de abertura del latín vulgar; sin embargo mientras el catalán altera la filiación etimológi-

(24) A la proximidad *u* / *ü* hay que atribuir sin duda el que algunos dialectos griegos modernos al consonantizar la semivocal de *au*, *eu* hayan dado *f* ante sorda y *v* ante sonora, es decir, una labial y no una velar (Cfr. MEILLET, A., *Grammaire comparée des langues classiques*, Paris, 1968, § 153₁), o el que en el antiguo nórdico, antecesor del sueco y del noruego (zonas de *u*) el «Umlaut» de *-i* haya hecho pasar *au* a *eü* (КРАHE. *Lingüística germánica*, Madrid, 1977 §§ 32, 37).

(25) GRANDA GUTIÉRREZ, G. DE, *La estructura silábica y su influencia en la evolución fonética del dominio iberorrománico*, Madrid, 1966. Anejo LXXX de la R.F.E., p. 64 y ss.

ca en la serie palatal ($\text{Ē} > \text{ē}$, $\text{E} > \text{e}$), el portugués conserva el sistema latino en ambas zonas de localización, la palatal y la velar; la diptongación centro-peninsular en libre y trabada contrasta fuertemente con la situación de la Rumania occ., explicable por superestrato, y parece requerir un tratamiento estructural análogo, aunque no equivalente, al de la diptongación de Ē en rumano ²⁶; la diptongación ante yod que agrupa ahora curiosamente cat., arag. y leon., se produce para Ē y Ō en el primero pero sólo llega a manifestarse de forma plena para Ō en los otros dos; el port. conoce $-\text{u}$ final pese a haberla representado siempre por $-\text{o}$, frente a su supuesto origen, el gall., donde no hay sino $-\text{o}$; añádase, en fin, la tan «ibérica» evolución del grupo — ŪLT — que puede remontar tanto a una L iberorrománica especial como a una Ū típica de la península en la línea que estamos apuntando y con mayor probabilidad pues la evolución de $\text{AL}^{\text{cons.}}$ p. ej. empalma algunos romances hispanos con otros foráneos y deja la cuestión en el aire.

Por todo ello voy a bosquejar brevemente lo que podría haber sido la evolución de cat., arag., cast., leon., gall y port. desde un vocalismo simétrico con u : en la medida en que dicho desarrollo, así como los puntos reseñados arriba, encuentran una explicación satisfactoria, los puntos a-b-c, apoyados en las observaciones empíricas de a'-b'-c', podrán sumar una justificación metodológica a su pretendida viabilidad teórica.

1) *El catalán*

Muchas son las hipótesis argüidas para explicar la sorprendente inversión de los grados de abertura etimológicos en la serie palatal pero no en la velar que conoce esta len-

(26) La diptongación francesa y norditaliana se explica satisfactoriamente atribuyéndola a influjo de los hábitos articulatorios de los germanos (cfr. W. von WARTBURG, *La fragmentación lingüística de la Rumania*, Madrid, Gredos, 1962, pp. 96-191). La rumana, en cambio, al producirse en libre y trabada y carecer de tal superestrato parece requerir una explicación «interna» como la apuntada por L. ROMEO por ejemplo («Structural Pressures and Paradigmatic Diphthongization in East Romance», *Word*, XIX-1, 1953). El peligro estriba, me parece, en intentar medir las lenguas románicas por un solo rasero como hace el propio Romeo en otro trabajo posterior que olvida esenciales disparidades históricas, geográfico-dialectales, etc.

gua; siguiendo el excelente resumen de Moll²⁷ se puede afirmar que básicamente son de dos tipos: a) la de Kuen, Meyer-Lübke y el mismo Moll quienes al observar la diversificación de resultados de E (ə en las Baleareas, ɛ en cat. or., ɛ en cat. occ.) suponen ə como fase primitiva propagada por el cat. or. y desde allí ə > ə̃ en las Baleares, ə̃ > ə̃ > ɛ en cat. or. y ə̃ > ɛ en cat. occ.; b) la de Fabra y Fouché que proponen una diptongación espontánea de Ē y Ē̄, la primera en el sentido *ie* luego reducido a ɛ, la segunda hacia *ei*, luego ɛ.

La primera hipótesis es fonológicamente poco probable pues sugiere una asimetría tan contradictoria como el primer modelo propuesto arriba (* 1), es decir un esquema vocálico que al pasar /ɛ/ a la serie de localización media como /ə/ presentaría más grados de abertura en la serie velar que en la palatal; además no da cuenta de la curiosa reducción paralela ɛ > ɛ que exige, eso sí, la instalación de ə como fonema y no como variante en la serie media para evitar confusiones; la segunda hipótesis no explica el mantenimiento de la serie velar frente a la palatal, aunque en conjunto me parece más verosímil.

Partamos en cambio del protosistema hispánico con /u/ en la zona media. Es preciso insistir en que el que ü se realice [y] o [u] no es indiferente: en el primer caso su localización es más bien anterior y su grado de abertura semejante al de las manifestaciones de /u/, /i/; en el segundo [u] se sitúan exactamente entre /u/ e /i/ pero fonéticamente es algo más abierta que la realización normal de aquellos (< Ū): al intentar acomodar las aberturas de /i/, /u/, /u/ a una misma norma los más cerrados tienden a abrirse —/i/ > [i], /u/ > [u]— e impiden, correlativamente, movimientos de desplazamiento a sus fonemas vecinos /ɛ/, /ɔ/, y estos a los que les siguen, con lo que se opera una incipiente bimatización, general a /ɛ/, /ɛ/, /ɔ/, /ɔ/, tanto en sílaba libre como en la trabada, naturalmente.

(27) MOLL, F. DE B., *Gramática histórica catalana*, Madrid, Gredos, 1952, §§ 34-58. Para otra explicación cfr. E. ALARCOS, «La constitución del vocalismo catalán» donde se postula un sistema cuadrangular. *Studia Philologia D. Alonso*, Madrid, 1960, 5.

¿Por qué fue detenido este movimiento en la serie velar pero no en la palatal? Me parece que las responsabilidades incumben, sobre todo, a la rápida monoptongación de AU: cuando ø había insinuado su bimatización ø-ø (análogo a la del francés antiguo, p. ej., y que de continuar habría conducido a *ou*) fue arrastrado por $\text{AU} > \text{øu} > \text{øø} > \text{ø}$ —con el agravante de que *AL + cons* no inició el paso *au*, y tal vez por eso—, y quedando ø hizo volver $\text{øø} < \text{ø}$ —que estaba destinado al diptongo *uo*— a su ser²⁸. En la serie palatal donde $\text{AI} > \text{e}$ es mucho más tardío (*ei* aún en el XIV y hoy en el Pirineo) no había razón para detener el movimiento iniciado y e continuó hasta eç , e paso a çe ; de seguir adelante estos procesos hubieran terminado en $[\text{i}e\text{ç}]$ y $[\text{e}\text{i}]$ respectivamente (es lo que sucedió en ant. fr.) pero ello hubiera conducido nuevamente a un vocalismo asimétrico con un único $/\text{e}/$ frente a $/\text{o}/$ y $/\text{ø}/$: de ahí que eç se resolviese en e y çe en e —es decir en su primer elemento, que es siempre el más marcado de los diptongos incipientes— conservando la simetría, salvo en algunos topónimos que al no dar lugar a oposiciones significativas estaban fuera del sistema²⁹. El resultado de todo ello fue que la u carente de apoyos, inestable y arras-trada además por $\text{o}^{\text{u}} < \text{AU}$, casi u , terminó confundándose con ø y no pudo permanecer ni siquiera en posición final como en otros romances (cast., arag., etc.) porque al aparecer *-u* procedente de la vocalización de *-B*, luego de *-D*, *-C*, (*deu*, *lleu*, *creu*, *peu*) se hubiera dado en posición final una alternancia que no existía en la tónica u / u ; es significativo, sin embargo, que -u final no se haya asimilado a -ø sino que manteniendo su ubicación media acabara por fundirse con otras vocales finales en *e*.

La peculiar diptongación catalana ante yod, en fin, podría

(28) No sin alguna resistencia como atestiguan los antiguos *aloudio*, *aloudes*, *aloude*, etc., de Poblet (*Orígenes*, § 19.1), o la tendencia a mantener *au* ante el acento (*llaured* en Gerona) señalada por J. COROMINAS («Las Vidas de Santos rossellonesas del ms. 44 de Paris», *Anales del Instituto de Lingüística de la Universidad de Cuyo*, II, 1945, pp. 126-211).

(29) Son muy significativos los restos de Ě *ie* y de Ē *ei* (*Siarp*, *Lilieto*, *Candieu*, *Murviedro*, etc. / *Capudeizo*, *Adaloiz*, *Marayne*, *Maraleig*) pero no de Ō *uo* ni de Ū *ou* aportados por A. GRIERA (*Gramática Histórica del Catalá Antic*, Barcelona, 1931).

ser explicada también desde nuestro protovocalismo simétrico, aunque la explicación que se me ocurre no deje de ser una hipótesis de trabajo más, de las muchas que podrían adscribirse a tan espinoso asunto. Prescindiendo, de momento, del francés (NÖCTE > *nuit*, LECTU > *lit*) y del provenzal antiguo (*nueit*, *lieit*) llaman la atención los resultados *i* / *u* de *Ē* / *Ō* latinas ante yod en catalán: que en toda la Romania occidental *Ē* y *Ō* latinas diptongaron ante yod es propuesta antigua y sobradamente conocida³⁰ pero en extremo sospechosa: si el efecto metafónico de *-Ī* final consiste en cerrar la vocal precedente y la misma yod ejerce un influjo parecido en port. y cast. (*ę* + yod > *ę* + yod, *ɔ* + yod > *ɔ* + yod, etc.) no se entiende muy bien por qué en otras zonas (arag. cat. leon.) había de provocar exactamente el efecto contrario, la abertura extrema que termina por resolverse en diptongación. Más razonable sería suponer que la yod cierra la vocal anterior pero que al tratarse de un sonido extremadamente abierto sólo llegó a hacerlo en los primeros ciclos de la vocal, con lo que llegamos a una bimatización incipiente *ę* > yod > *ę*^a + yod, *ɔ* + yod > *ɔ*^a + yod. Desde aquí caben tres posibilidades: a) que la yod, libre de interferencias estructurales, culmine su proceso metafónico cerrando completamente la vocal, es decir *ę* + yod y *ɔ* + yod que son los resultados del cast. y del port.; b) que estas bimatizaciones incipientes, inmersas en un movimiento de cierre, sean absorbidas por otros grupos parecidos orientados hacia la abertura y no hacia la cerrazón, y asimilándose a ellos terminen por diptongar (es decir, *ie* + yod y *ue* + yod, este último propio del leon. y del arag.); c) que se asimilen a bimatizaciones de cierre, con lo que la tendencia a la cerrazón se extremará y el resultado final será *i*, *u*. Este último parece el caso del catalán: cuando *Ē* + yod, *Ō* + yod habían alcanzado la fase *ę*^a + yod, *ɔ*^a + yod como en toda la Romania occidental, se produjo el movimiento estructural de recuperación *ɔɔ* > *ɔ*, *ɔɔ* > *ɔ* de la serie velar, pero sobre todo el paralelo, aunque inverso, *ęę* > *ę*, *ęę* > *ę* de la palatal: sobre el modelo de este último, si *ęę* con bimatización clara tiende a ce-

(30) Cfr. SCHÜRR, F., «La diptongación iberorrománica», *Rev. Dial. y Trad. Pop.* VII, 1961, pp. 379-89.

rrarse en e , es obvio que e^a , menos abierta y alargada en su conjunto, propenderá a cerrarse todavía más hasta i ; en cambio o^o no llegó a estar integrado en una cadena retroactiva de este tipo, y aunque por paralelismo con e^a terminó cerrándose en u , no lo hizo siempre según atestiguan supuestos cultismos, inexistentes para el correlato palatal, que suponen asimilación al grupo $o\phi$ (*oi* ODIU, *somni*, *somit* SOMNIU, *rotlle* ROTULU, etc.³¹).

No es este el momento, ni soy el más indicado, para dogmatizar al respecto —sobre todo desde el inolvidable trabajo del no menos inolvidable Amado Alonso— pero en la medida en que $u / \ddot{u} < \ddot{U}$ separan claramente la Iberorromania (como entidad fonológica y gramatical, no léxica) de la Galorromania en este punto pudiera ser —lo digo de forma absolutamente gratuita— que los resultados de una y otra zona no tuviesen nada que ver entre sí por lo que respecta a este problema.

2) *El español: aragonés, castellano, leonés*

Tal y como se presenta la cuestión de la *-u* final en *Orígenes* parece que el fenómeno, común en lo antiguo a cast., arag. y leon., fue arrumbado, primeramente en el dialecto de Burgos y desde allí, en avance cuneiforme similar al de otros hechos fonéticos, llegó a ser erradicado de los dialectos oriental y occidental, perviviendo sólo en zonas arcaicas. Nada habría que objetar a semejante hipótesis si el arag. del norte (como el leon.) mantuviese hoy la *-u* final; sin embargo no es así y ello a pesar de que no le han faltado apoyos que generalizasen su empleo, en lo antiguo el fortísimo influjo provenzal y catalán (al que hay que atribuir p. ej. los *meu amigo* de la «Razón feyta d'amor»), y en nuestros días el vulgarismo,

(31) Que no hubo realmente diptongación sino, si acaso, bimatización y en definitiva cierre — $e > e > i$; $o > o > u$ — es también la opinión de Badía que comparto (BADÍA MARGARIT, A., *Gramática histórica catalana*, Barcelona, 1951, §§ 48-51). Es sintomático que la diptongación de \ddot{E} y \ddot{O} sin yod siguiente, tan reiteradamente negada, haya dejado algún testimonio toponímico, y que no lo hayan hecho, en cambio, las supuestamente claras \ddot{E} + yod y \ddot{O} + yod.

común a todo el dialecto, que reduce *-o* en hiato por pérdida de *-d-* a *-u*.

¿Por qué razón había de truncarse en este punto la habitual coincidencia aragonesa-leonesa en el arcaísmo fonético de todo tipo (F- conservada, diptongos *ua*, *ia*, diptongación ante yod, CT > *it*, C'L, LY > *l*, etc.)?

Además es preciso destacar un hecho realmente notable: si en Castilla la *-u* final pervive en textos latinos y romances hasta fines del siglo XIII, todos los docs. romances aragoneses (que desgraciadamente sólo remontan a mediados del siglo XIII, cfr. los *Documentos lingüísticos del Alto Aragón* de T. Navarro Tomás o el *Liber Regum* probablemente de comienzos de siglo) carecen de ella. Tampoco los testimonios latinos permiten alargarla más allá: cierto que M. Pidal encuentra abundantes ejemplos de *-u* en un doc. de S. Juan de la Peña de h. 1062 y que M. Alvar³² corrobora esta aparente proliferación en el latín popular aragonés; sin embargo hay que advertir que sus testimonios terminan voluntariamente en 1134 y que de hecho no hay sino ejemplos aisladísimos desde 1063, precisamente por las mismas fechas en que M. Pidal registra la floración de *-u*. He expoliado minuciosamente los cartularios latinos aragoneses desde los orígenes hasta mediados del XIV y con excepción de un corto período en que la *-u* parece reverdecer —1054 (muerte de García de Nájera en Atapuerca / 1063 (llegada al trono de Sancho Ramírez), para el que habrá que pensar en algún motivo externo— se aprecia una progresiva desaparición de dicho rasgo que puede considerarse periclitado a fines del siglo XI, es decir dos siglos antes de que desapareciese en Castilla³³.

Con ello se va bosquejando una relación de dependencia ya apuntada en el párrafo anterior: el mantenimiento de *-u* (u) final es solidario y directamente proporcional a la me-

(32) ALVAR, M., «Elementos romances en el latín notarial aragonés», *Estudios sobre el dialecto aragonés I*, Zaragoza, 1973, § 19.4.

(33) Por imperativos de espacio renuncio a insertar aquí las pruebas documentales de mi afirmación que espero poder ofrecer próximamente en otro lugar.

nor o mayor rapidez de la monoptongación de AU, AL + cons. > o en la que Aragón precede a Castilla.

¿Y al leonés?: la persistencia de -u en grandes zonas del dominio dialectal coincide con el mantenimiento de ou en los textos medievales, siendo verdaderamente notable que sea precisamente en ast. occ. donde al lado de ou, o^u sin monoptongar tengamos -ü (u) final³⁴. Sin embargo contra lo que sería de esperar, salvo escasos ejemplos recogidos por M. Pidal en docs. del XI de Eslonza y Sahagún —sospechosos por lo demás de mozarabismo³⁵—, los primeros testimonios de -u final son extremadamente tardíos en León, de mediados del XIII³⁶ los más modernos. He apuntado arriba que -u (perdido /u/¹ en otras posiciones) debió de permanecer como alófono de un nuevo /u/² realizado en posición no final como w (y u); pero para ello era preciso que la diptongación de Ö = w + o se hubiese consumado ya: mientras tanto los escribas debieron vacilar en la transcripción de u sintiéndolo más

Permitaseme asegurar, sin embargo, que he examinado los cartularios más importantes del reino (desde el de S. Juan de la Peña hasta los de Roda y Obarra) sin hallar prácticamente rastro de -u final en el s. XII. En todo caso dichos aportes textuales son innecesarios pues los documentos romances, unánimes en la falta de -u, hablan por sí solos.

(34) Véase GRANDA GUTIÉRREZ, G. DE, «Los diptongos decrecientes en el dominio románico leonés», *Tr. Dom. Rom. Leon.*, op. cit., pp. 119-73.

(35) Sabido es que los escribas de los docs. leoneses de Eslonza y Sahagún eran en su mayoría mozárabes emigrados (*Orígenes*, pp. 455-59) y que muchos rasgos del llamado latín popular leonés deben atribuirse a ellos. Por lo que respecta a nuestra -u final los mozárabes la poseían según se desprende de los *Petru*, *Muniu*, *sobrinu*, etc., incluidos en breves suscripciones a docs. toledanos del XII escritos en árabe (*Orígenes*, p. 172) o de las jarchas que aun contando con las vacilaciones e impropiedades de la transcripción arábiga contienen una notable cantidad de -u final. Estas mismas dificultades técnicas nos impiden aventurar cual podía ser el estado de evolución del vocalismo mozárabe, aunque la conservación de Au parece sugerir que se trataba del protohispánico I con Ī y Ō todavía en trance de diptongación (claro que la grafía aw por o es frecuente en P. Alcalá, etc.).

(36) En el Archivo del Ayuntamiento de Oviedo las formas más antiguas con -u son de 1245 (*otru*, *corderu*), en San Salvador de 1244 (*ferreru*, *vaqueru*, *malditu*), en la catedral de 1269 (*acolitu*); de un trabajo inédito de R. Lapesa —citado por Granda, *Vocales finales*— resulta *caseru* en Belmonte en 1209 como ejemplo más antiguo. Por mi parte recojo algún testimonio aislado muy anterior (*Per terminu de iusu*, *Doniellu*, en 1072 *Tex. Hisp. Dial.*, ed. Alvar, Madrid, 1960, p. 29) correspondiente a fracasados intentos de constituir el sistema 2 en Oviedo, la zona más emprendedora del ast.

próximo a ø dada su natural abertura (en ast. occ. las variantes son \ddot{u} , ø , u , no u) que a $/\text{u}/$.

ø

La cuestión está relacionada con la supuesta falta de diptongación en leonés antiguo: aunque esta hipótesis mantenida por Hanssen y Staaf resulta insostenible ante el testimonio de formas diptongadas en Eslonza y Sahagún en el s. X, el hecho es que hasta el último cuarto del XIII las formas inalteradas predominan y aun se registran curiosas ultracorrecciones (*luedo*, *puebre*). D. Catalán y A. Galmés³⁷ piensan en un influjo galleguizante que aplicable a algunos casos no puede explicarlos todos: ¿por qué razón no habían de hacer lo mismo los catalanes que escribieron los primeros documentos notariales romances del aragonés donde la diptongación es pujante? Nótese además que la coincidencia $\text{Ō} > \text{ue}$, ua , uo transcritos o , y u final transcrita -o es sospechosa, y que las ultracorrecciones, una vez más, son disimétricas afectando exclusivamente a la serie velar pero no a la palatal (por cierto que se producen en el sentido $\text{Ū} > \text{ue}$, $\text{o} + \text{labial} + \text{O} > \text{ue}$).

Todo lo anterior parece exigir una explicación conjunta de los fenómenos aragoneses, castellanos y leoneses propiciada por el vocalismo asimétrico hispano con u . Según señaló al hablar del problema en catalán la $/\text{u}/$ viene a coincidir con $/\text{ø}/$ ante la presión de un ou monoptongante que en un cierto momento —cuando O'' — se siente demasiado próximo a ella. Si esta monoptongación se retrasa lo suficiente, u presiona sobre sus correlatos, anterior y posterior —i / u —, demasiado cerrados, obligándoles a iniciar un movimiento de abertura que transmitido en cadena termina por producir la diptongación de los fonemas extremos e y ø *en libre y trabada*, primero la de Q pues lógicamente u , aún siendo media, está más cerca de las vocales posteriores —con las que se identificará al final— y además porque la previa diptongación de e

(37) D. CATALÁN y A. GALMES, «La diptongación en leonés», *Archivum*, IV, 1954, p. 121 y ss. La vacilación y el carácter mixto de parte del diptongo precedente de Ō o de todo él es hoy típica del occ. de Asturias y debía serlo antiguamente de todo el dominio dialectal (Rodríguez Castellano recoge $\ddot{u}\text{ö}$, $\text{u}\text{ö}$, $\ddot{u}\text{o}$, etc., al lado de uo , ue).

hubiera dado lugar a un vocalismo asimétrico $\epsilon / \varrho / \varphi$, que, como vimos, es inadmisibile.

Así surge la diptongación centro-peninsular: si arag., cast. y leon. diptongan en libre y en trabada es porque *ou* tardó en monoptongar más que en catalán y no sólo insinuó una bi-matización sino que consiguió llevarla hasta el diptongo.

Pero al caer / \mathfrak{u} / no lo hace en todas sus ocurrencias, sólo en las que podían dar lugar a colisiones significativas: la \mathfrak{u} final pasó entonces a sentirse alófono de un fonema / \mathfrak{u} / que en otras posiciones conocía las variantes w - del diptongo (un \mathfrak{u} ↓, como vimos) y \mathfrak{u} de un grupo monoptongante descendente, el *au* < AL + cons. (que por entonces se incorpora al sistema vocálico) conforma a una relación fónica estrecha $\mathfrak{u} / w / \mathfrak{u}$ - que establecí arriba (cfr. § 3). En efecto: la posición final es la única donde no alternan $\mathfrak{u} / w / \mathfrak{u}$ ($\mathfrak{u} / \mathfrak{u}$ se daba en el \mathfrak{u} < AU latino pero no lo tenemos aquí pues el nuevo AU procede de AL + cons + X) como en la tónica, ni $\mathfrak{u} / \mathfrak{u}$ como en las átonas no finales (ALTARIU > *otero*, etc.) y de ahí la pervivencia, exigida por el sistema, de \mathfrak{u} . Con ello el vocalismo simétrico protohispano (I) a que remontan los romances peninsulares se mantiene en el centro (en arag. y cast. el caso del leonés es diferente como se verá) pero dentro de un nuevo esquema sintagmático en el que \mathfrak{u} representa tanto a la *-u* final como a la semiconsonante y semivocal velares .

Claro que este nuevo sistema vocálico central (I') —idéntico al anterior en su configuración pero etimológicamente diferente— no se constituye en todas partes al mismo tiempo ni de la misma manera: al depender su nacimiento de la monoptongación de *ou* < AU, que arrastra a la \mathfrak{u} no final, se extiende gradualmente de este a oeste, de forma que hacia comienzos del siglo XIII tenemos una situación parecida a esta:

a) En Aragón *ou*¹ ha monoptongado completamente y el sistema simétrico I' de alternancia $w / \mathfrak{u} / \mathfrak{u}$ no existe ya pues la monoptongación de *ou*² < AL + cons. lo ha vuelto poco económico al requerir un fonema vocálico * / \mathfrak{u} / que sólo se

realiza en la tónica y en la final. En consecuencia ya no se registran casos de *-u* final.

b) En Castilla del norte la monoptongación de *ou*¹ ha producido el sistema simétrico *l'* análogo al protohispanico. Sin embargo se trata de un esquema inestable: en este momento *ou*² comienza a resolverse en *o* y la *-u* final escasea cada vez más. No es fácil determinar quién fue primero, si el huevo o la gallina: en la alternancia *w / u*²/ la caída de un elemento provoca la del conjunto, pero pudo suceder tanto que los hablantes decidiesen prescindir de la variante semiculta *ou / au* de *salto / saoto / soto*³⁸, como que eliminasen el *w* labial (grafía *uu*). Esta última opción me parece más razonable pues la repentina eliminación de un semicultismo es, como toda decisión colectiva «repentina», por lo menos dudosa: nótese que el que *w* pueda identificarse con *u* depende en alto grado de que la vocal a la que acompaña sea posterior, ya *o*, ya *ø* (*wo*, *wø* ~ *wö*); pero el castellano, por un fecundo cultivo literario unificador, resolvió pronto la alternativa y del *wo* del Cid pasó en seguida a *we*³⁹ consumando el cambio que llevaría al vocalismo actual. En favor de la

(38) Cfr. *Orígenes* § 214 donde se constata la repentina desaparición de las variantes intermedias *au*, *ab* en el siglo XIII, atribuyéndolo a rechazo del semicultismo.

(39) El problema de las variantes del diptongo procedente de *Ō* latina es enormemente complejo. No ha faltado quien haya supuesto una fase intermedia *wö* capaz de asegurar el tránsito *wo* ~ *we* (desde Goidanich para la Rumania occ. en general hasta Ch. Kany para el español). No hay duda de que existió la variante *wö* (o *wø*), no sólo porque es necesaria para dicha evolución, sino también porque todavía es posible encontrarla en leon. occ. y en algún término aisladísimo del habla de Hecho: sin embargo no debe pensarse que a *wo* sucede *wö* y a éste *we*, sino que estas tres posibilidades (y alguna otra como *wa*) coexistieron durante bastante tiempo —como lo hacen todavía hoy en ast. occ.—, y que a la postre se impusieron las soluciones desfonologizadoras que al palatalizar claramente el segundo elemento (*we* o *wa*) escindieron el monoptongo bimatizado en una asociación tautosilábica de vocales (cfr. E. ALARCOS LLORACH, *Fonología española*, Madrid, Gredos, 1967, §§ 143-44). El testimonio del Cid donde *wé* es asonante de *ó* no ha sido interpretado, creo, en sus justos términos: que el ms. de Per Abbat presente esta curiosa alternancia no tiene por qué ser debido a una restauración *ue* < *uo* hecha sobre un *uo* ajeno a la primitiva solución burgalesa como piensa el maestro M. Pidal (*Cantar de Mio Cid*, vol. I, 5.ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1976, pp. 142-45) pues si todavía en el siglo XIII é repugna la rima con *ié* en la lengua de Berceo, no se entiende muy bien por qué había de admitirla ó con *uó* a mediados del XVI en tierras de Medina del Campo. Más razonable parece suponer que *ó* rimaba con un elemento vacilante realizado indistintamente *wo*, *üo*, *wö*, *üö*, *we*, *üe*, *wü*, *üü*, *wa*, *øø*, etc., en el que, desde luego, aún no se había consumado el proceso de desfonologización (esta parece ser la tesis implícita de

primicia de $w \neq u$ sobre $ou^2 > o$ aboga también el caso del aragonés: es muy significativo que este dialecto, vacilante en el diptongo frente al castellano dados su arcaísmo y escasa elaboración literaria, no pueda parangonarse con el leonés pues habiendo poseído *uo* en lo antiguo como él no lo presenta en la actualidad y no conoce sino *we*, *wa*, es decir los diptongos de segundo elemento palatal que en fecha temprana debieron determinar la ruptura de la equivalencia $w = u$.

c) El leonés, en fin, se nos presenta a comienzos del XIII con un sistema simétrico peculiar (sistema vocálico 2). Sabemos que en el siglo VIII (pizarra de Carrio) todavía se distinguen con bastante fidelidad los derivados de *Ū* y *Ŭ* latinas en cualquier posición. Sin embargo esto no quiere decir, por supuesto, que no hubieran confluído ya en el XIII. Al contrario: la extrema lentitud de la monoptongación leonesa —en la que ou^1 y ou^2 llegaron a confluír— determinó que *u* se acercase naturalmente a *o*, sin presión exterior; en estas condiciones *-u* final pasó a ser alófono de un nuevo fonema medio / \emptyset / —una *ö* cerrada— entre cuyas realizaciones se contaba también el diptongo $w\emptyset$ o $q\ddot{o}$, aun sin diferenciar claramente sus partes, y más tarde $O^u < AU / AL + \text{cons.}$, casi *u* (no otra cosa indilan las grafías *ob*, *op* a que me referí arriba) con el que si bien alternaba en la final lo hacía sin posibilidad de confusión pues $-o^{u1}$ era verbal o pronominal y *-u* nominal. ¿Cómo se las arreglaron los escribas leoneses para representar un fonema que valía para O^u , para *wo*, $w\emptyset$, *wö*, *wa*, *we*, etc, y para *-u*? Sin duda atendiendo al matiz más representativo de la alternancia, a \emptyset que era el más frecuente y en O^u casi exclusivo: de ahí la supuesta falta de diptongación en leonés así como la terminación primitiva *-o* que luego pasará a *-u*, o ultracorrecciones como *audie* por *hodie* en 1061 en León; por ello también, frente al castellano, el diptongo atraído *oi* procedente de *-oriu* no pudo ser asimilado por *uo*, *ue* pues estos últimos alternaban ya con O^u . Sólo muy raramente llegaron a decidirse por la grafía *u* como

Orig. pp. 128-30), y que en cambio *é* no podía hacerlo con *ié* (no está claro que lo haga en el *Cid*) porque este último constaba ya de dos fonemas, bien que las realizaciones del segundo oscilasen entre *e*, *ë*, *a*, *ä*, y no pudiesen ser consideradas siempre alófonos de /*e*/.

en la *-u* final del doc. de S. Vicente de 1072 (cfr. nota 36) o en el *puDET* del toledano *Auto de los Reyes Magos*, lo que parece responder al mismo mozarabismo que advertíamos en los docs. del sureste.

Compárense los vocalismos leonés (2) y castellano-aragonés (1') que suceden en el centro de la península al protohispanico general (1):

<i>cast-arag.</i>	<i>leonés</i>
i u ² (= w / u ² / -u) u	i u
e a o	e ø (= wø / ou ^{1,2} / -u) o
	a

Este esquema ilustra la suerte de la vocal final en leonés: si en el este (Castilla y Aragón) la temprana fijación del diptongo en *we* / *wa* determinó la no equivalencia de *w* y *-u*, y el que al reducirse *ou²* a *o*, *u* pase a *-o*, aquí —donde el fonema ø representa diptongos en trance de constituirse, no semivocales o semiconsonantes— sucederá lo contrario: conforme *wø* vaya independizando sus dos elementos constitutivos y resolviéndose en *we* —seguramente al calor de la monoptongación de *ou^{1,2}* que dejó de alternar con él— *-u* no podrá sentirse alófono del grupo bimatizado y aislado en el sistema se deslabializará convirtiéndose, a la postre, en *-u* fónica y gráfica. Esta nueva situación no ha llegado a producirse todavía en el ast. occ. que mantiene —como garantía de nuestra hipótesis— exactamente el sistema vocálico 2 (con *-u*, *-ü* final, *Oⁿ* sin monoptongar y diptongo vacilante realizado casi siempre *wø*, *uø*) pero se ha alcanzado ya en el cent. y en el or.

Con importantes diferencias, eso sí: si en el este, donde no hay metafónia, el sistema morfológico de los masculinos es *-u* / *-us* y ha atraído la terminación *-o* del neutro de materia hecha *-u*, en el centro, zona metafónica por excelencia, tenemos *-u* / *-os* y *-o* para el neutro. Hay que señalar que la solución del ast. oriental es la general a todo el leonés del sur de la cordillera y aun a la zona norte del ast. central (los alrededores de Oviedo), de forma que prescindiendo del

arcaísmo occidental (sistema 2 conservado) debemos considerarla representativa del leonés y estudiar el sistema de Lena y Aller como un caso aislado.

Entramos aquí en un complejo problema de abundante bibliografía que rebasa con mucho los límites e intención de este trabajo. Lo resumiré brevemente fiándome sólo en los hitos que aquí importan: ante la coincidencia de algunas zonas del sur de Italia con otras iberorrománicas (centro de Asturias, norte de Aragón, gascón) en el tratamiento de determinadas consonantes (-LL- > *dd* / *tʰ* / *r*, asimilaciones *mb* > *m*, *nd* > *n*, *ld* > *l*, sonorización de sordas tras nasal o líquida, etc.)⁴⁰, Menéndez Pidal extiende la hipótesis de una colonización suditalica en España al problema de -*u* final y la metafonía que origina pues estos fenómenos vocálicos parecen ser comunes también al sur de Italia y a la zona leonesa que nos ocupa; sin embargo D. Alonso no tardaría en demostrar en un memorable artículo⁴¹ lo arriesgado de esta extrapolación: por un lado parece más razonable relacionar la metafonía asturiana con la portuguesa, inmediatamente próxima, y no con la italiana que además muestra enormes discordancias geográficas; por otro es significativo que la coincidencia suditaliana-iberorrománica se produzca aquí sólo en lo relativo a la zona asturiana y no a la aragonesa y bearnesa⁴²; por fin, y sobre todo, mientras la metafonía suditalica se revela extraordinariamente antigua (*mesi* > **misi* que luego sigue la evolución de *i* normal, es decir, *meisi*, *moisi*, *maisi*, *muisi*), la leonesa es muy reciente, posterior, desde luego, a la monoptongación de *ai*, *au*, (*caldiru*, *tupu*, *cusu*) y a la fijación del segundo elemento palatal del diptongo (*nuistru*, *argadillu*, etc.); G. de Granda, en fin, ha notado que esta zona de meta-

(40) R. MENÉNDEZ PIDAL, «A propósito de L y LL latinas. Colonización suditalica en España», *BRAE*, XXXIV, 1954, pp. 165-216; ídem, «Pasiegos y vaqueiros», *Archivum*, IV, 1964, p. 23.

(41) D. ALONSO, «Metafonía...», op. cit., Por cierto que la -*ü* final del ast. occ. no se recoge en «Sobre la *Ü* románica», *ELH*, op. cit., ni se relaciona con la inflexión metafónica.

(42) La colonización suditaliana en Aragón, inexistente para -*u* final y sus efectos metafónicos, empieza a ser cuestionada también en lo relativo a otros fenómenos (p. ej. para las asimilaciones *MB* > *m*, cfr. J. A. FRAGO resumen de su comunicación presentada al VI Simposio de la S.E.L. en R.E.L., 6-1, pp. 210-11, 1975), aunque no por ello haya que rechazarla en todos los casos.

fonía asturiana y *-u / -os* coincide con la que presenta alternancia *oi / ou* en los derivados de AU latino (*esfoitu* < EMFAUTU), en los de AL + cons. (*toipu, foiz*) y en alguno de Ū (*entoice* < EXTŪNCE) que él atribuye a ultracorrección o cruce, si bien no extrae las consecuencias que cabría esperar de este hecho pretendiendo, inverosímilmente, que el habla ovetense impuso el sistema central *-u / -os*, derivado directamente del latín, en el este donde se extendió a *-u / -us*, permaneciendo en cambio *-u / -os* en Lena y Aller, y desapareciendo por completo en Oviedo⁴³.

La solución hay que buscarla más bien, creo, en el aislamiento geográfico de los concejos de Lena y Aller situados justamente en lo más intrincado de la cordillera cantábrica (y lo mismo cabe decir de la zona extrema del Cabo de Peñas; la metafonía de los pasegos obedece, desde luego, a trasplante y aislamiento socio-cultural): si León, frente a Castilla y Aragón, tardó más en perder la /u/ del protovocalismo hispánico 1 llegando a un sistema 2 y no a 1', aquí este retraso se acentúa de manera que, presumiblemente, u no confluyó con o en ninguna posición (sin duda porque *ou* no presionaba o presionaba menos que en el ast. general); cuando *ou*² < AL + cons. accede al sistema y empieza a confundirse con *ou*¹, intenta distinguirse de él durante algún tiempo haciéndose *oi*, por más que a la postre ambos confluyen en la alternancia *oi / ou* en algunas palabras⁴⁴, y hagan caer a u hasta o (no sin arrastrarlo alguna vez hasta *oi*, como vimos); en estas condiciones la -u final no pudo entrar en un sistema wø / oi / -u parecido al del leonés general —pues *oi* es-
ou

(43) G. de Granda construye su hipótesis sobre la base de una supuesta continuidad metafónica asturiana originaria basada en el *mancibo* del Fuero de Avilés. La prueba parece débil pues *mancibo* remonta etimológicamente a MANCĪPIU y no tiene por qué derivar de *MANCĪPU como la forma cast.; además en el s. XIII esta zona no había monoptongado todavía *ai, au*, hoy *i, u* con *-u*.

(44) Como advierte G. de Granda («Los diptongos decrec...», op. cit.) el paso *o:* > *oi* se ha dado también en ant. fr. (*pou / poi, blou / bloi*) y responde a un intento de reforzar el primer elemento del diptongo para diferenciarlo de *ou* < Ū que a la postre se logró haciendo *ou* > *ö* en estas palabras (*peu / bleu*). Con todo la vinculación fonética *oi / ou* —vocal labializada conoce también la variante *oi / ou* — *ü*: en Veglia *ü* se alargó y diptongó hasta *oi* presionada seguramente por Ū > *ou* > *au*.

taba demasiado lejos de sus realizaciones fonéticas—, y se limitó a ser elemento alternativo de $w\emptyset$ —es decir $w\emptyset / -u$ —, quien al diferenciar sus partes unirá la suerte de $-u$ a la de w (como en castellano y aragonés pero ahora con $-u = w$ no labial pues el elemento abierto no es \ddot{o} sino e), cerrándolo y deslabializándolo hasta un $-y$ que naturalmente no pudo atraerse el plural $-os$ ni el neutro $-o$ como había hecho la $-y < u$ del leonés general envolvente. Todo esto no significa que no haya podido existir una colonización suditálica en la zona, aunque, eso sí, diferida: es evidente que la $-u$ final española no puede proceder (por las razones arriba aducidas) como la italiana directamente de $-ŪM > -\bar{U}M$, pero no parece haber inconveniente en admitir que el sistema suditálico $-u / -o$ que permitía distinguir el masculino del neutro y llevaba aparejada una inclinación metafónica se superpuso al peninsular con $-u / -o$ ⁴⁵, diferenciando el neutro desde el principio pero no manifestando la metafonía claramente hasta que $-u > -y$. En apoyo de esta interpretación habría que señalar la falta de metafonía en ast. occ. donde aún existe $-u$ y una difusa metafonía observada en Linares (Ribadesella), es decir en ast. or. donde $-y$ no llega a cerrar un grado la vocal anterior, pero sí ligeramente. Dejaré de momento la cuestión en suspenso para retomarla al tratar del vocalismo portugués.

Ahora, para finalizar el vocalismo central, conviene abordar brevemente el problema de la inflexión por yod. Ante todo es preciso señalar la radical disimetría de la diptongación leonesa y aragonesa ante yod: si la \ddot{O} diptonga en todo tipo de palabras (*pueio, nueite, fuelle*, etc.), la \ddot{E} lo hace sólo en el verbo (*tiengo*, etc.) y en el aislado *viello, vieyo*. Esto lleva a pensar que realmente el arg. y el leon. no diptongan sino \ddot{O} ante yod pues los ejemplos verbales obedecen a claros influjos analógicos particularmente vivos en estos dialectos vulgarizados —que tampoco faltan en castellano, si bien con menor prolijidad: *siento* pero *visto*— y *viello / vieyo* es palabra aislada que exige explicación aparte sobre todo si se piensa que por

(45) Tampoco la solución $-ŪM > *-\text{u} > *-\text{y} > -\text{i}$ parece ajena al dominio lingüístico italiano, bien que al norteño: en S. Marino tenemos *vidri* (VITREU), *journi* (FORNU), *inverni* (HIBERNU), etc. (cfr. ROHLFS, G., *Grammatica storica della lingua italiana e dei suoi dialetti*, Torino, 1966, t. I, pp. 186-87).

la misma razón el castellano, a juzgar por *viejo* (que con su \tilde{z} no puede obedecer a leonesismo o aragonesismo), diptongaría \tilde{E} ante yod, y el catalán con su curioso *vell* dejaría de hacerlo. En todo caso y aun admitiendo una esporádica diptongación de \tilde{E} ante yod, lo cierto es que leon. y arag. diptongan siempre y de forma característica \tilde{O} + yod, no su correlato palatal. ¿Cómo es esto posible? Recuérdese que al estudiar el origen de la diptongación de \tilde{E} y \tilde{O} por presión de \mathfrak{u} , señalé que la bimatización consiguiente se produce antes en el próximo \tilde{O} que en el lejano \tilde{E} . De ahí se sigue que los conjuntos bimatizados \mathfrak{e}^a + yod y \mathfrak{o}^b + yod no hayan seguido la misma suerte: si el segundo fue absorbido por $\mathfrak{o}\mathfrak{o}$ < \tilde{O} y llegó con él a *ue*, el primero ya se había monoptongado otra vez hasta \mathfrak{e} (como en port.) cuando \tilde{E} llegó a $\mathfrak{e}\mathfrak{e}$ y no pudo seguirle.

¿Y el castellano?. Nótese que en lo relativo a \tilde{E} + yod su situación es exactamente paralela a la del arag. y leon. no existiendo nunca diptongación salvo en el ya citado *viejo*. En cambio para \tilde{O} + yod tenemos *ojo* // *uello* / *ueyo*, *hoja* // *fuella* / *fueya*, etc., con yod 2.º, *hoy* // *uey*, *poyo* // *pueyo*, etc. con yod 3.º y *noche* // *nueit* / *nueche*, *cojo* // *cueito* / *cuecho*, etc. con yod 4.º, si bien la yod 2.ª de *ñ* no inflexiona —*sueño*, *lueñe*— pero consigue cerrar \tilde{U} en *cuña*, etc., disimetría realmente notable.

Voy a aventurar una hipótesis —arriesgada, lo reconozco— pero que ayudaría a clarificar este complejo asunto; si se observa atentamente la cuestión se notará que la consonante siguiente, resultante de la infección palatal de yod, es ordinariamente diferente en castellano frente al arag. y leon.: si en el primer caso tenemos por lo común una explosiva —*ožo* / *ožo*, *poyo*, *noçe*—, en el segundo se trata de un sonido continuo —*ueļo*—, implusivo *nueit* (león. or. *nueče* pasó, sino es grafía, por la fase *nueiče* según atestiguan un *peyche* del S. XI y algún caso más), o geminado *-puey-yo*⁴⁶; por cierto que la

(46) E. ALARCOS («Resultados de $G^{e,i}$ en la península», *Archivum*, IV, 1954, pp. 330-42) ha insistido en el distinto tratamiento de los grupos DY, GY, I, $G^{e,i}$ en cast. y en los demás romances de la península: si estos últimos refuerzan la geminada -yy- resultante de DY, GY, J intervocálicas, el cast. la simplifica. Ciertamente que actualmente cast., leon., y arag. coinciden en el resultado -GY-, -DY- > -y-, y que no hay por qué suponer que el primero hizo -yy- > -y- y los se-

única excepción castellana a la inflexión responde también a este esquema (sueño, etc.).

Volvamos a nuestro diptongo incipiente \varnothing^o , relacionándolo con \ddot{O} . Obsérvese que $\varnothing\varnothing$ y \varnothing^o son dos agrupaciones vocálicas bastante diferentes, la primera es un sonido alargado y en conjunto abierto, la segunda más breve y cerrada; para que puedan equipararse realmente y \varnothing^o no se resuelva en \varnothing es preciso que alguna causa externa le ayude a ello, precisamente una yod implósiva o el primer matiz semiconsonántico de una geminación⁴⁷ los cuales al trabar la sílaba contribuyen a diferenciar el segundo elemento y ello tanto en leon. y arag. como en cast. (*sueño*).

Si se admite esta hipótesis habrá que pensar que el castellano bimatizó \ddot{O} + yod como sus vecinos⁴⁸ pero que no pudo continuar el proceso iniciado y asimilarlo a *uo* porque la originalidad extrema de su cononantismo (de origen vasco o no) se lo impedía. Nótese que las demás «inflexiones» castellanas de \ddot{O} + yod obedecen a yod atraída en Ry (CORIU

gundos no, al menos en los orígenes; sin embargo, en la medida en que el tratamiento intervocálico sigue al inicial, es de destacar el refuerzo arag. y leon. de Ge^i , I- (*xelo*, *chinebro*), que el arag. conoce también -DY- > (*MEDIANA > mejana), y que el leon. reforzaba el grupo en lo antiguo (BADIU > *uagio*, Sahag. 976, *baja*, Sahag. 1002, pero *baio*, Santoña, 1085, cfr. *Orig.* p. 265).

(47) Las líquidas y las nasales —*l* y *n* en nuestro caso— son sonidos muy especiales, intermedios entre las vocales y las consonantes, que rehuyen en muchas lenguas la posición inicial por necesitar apoyarse en un sonido anterior; esto las aproxima a las geminadas con las que comparten así la propiedad fonológica de no aparecer sino en posiciones consonánticas que admiten también grupos: dicha geminación, entendida como realización de la tensión en la sílaba anterior y de la distensión en la siguiente, se acentúa en las palatales ɹ y ɲ que por articularse en la zona media de la cavidad bucal se unen sin obstáculo a las vocales contiguas. Nótese que la geminación incipiente de ɹ , ɲ es necesaria para explicar por qué C'L, G'L > yl y LY > ly confluyen en sus resultados sean cuales sean (*uello* / *palla*, *ojo* / *paja*) y aun cuando laterales con el de la geminada -LL-, y GN > yn, NY > ny hacen lo mismo (*leña* / *viña*), en tanto que las variedades yx / xy difieren no sólo en las oclusivas (KT > yt > \hat{c} , TY > ty \hat{s} / \hat{z}), sino también en las continuas no líquidas (KS > ys > \hat{s} , SY > sy). No se equivocaban demasiado los escribas medievales —como para \ddot{O} tan injustamente desdeñados— al representar ɹ y ɲ indistintamente por yl / ly / ll, yn / ny / nn > ñ. Por cierto que a dicha geminación habría que atribuir también cast. CŪNEA > *cuña*: la ɥ alargada en su realización por -ñ / ñ- hasta $\text{w}_{\text{ɹ}}$ terminó en *u*.

(48) Esta es también la opinión de KREPINSKY (*Inflexión de las vocales del español*, Madrid, 1923) bien que desde otro planteamiento y aplicada también a E · \ddot{O} > $\varnothing\varnothing$: $\varnothing\varnothing$ + yod = no $\varnothing\varnothing$.

> *coiro* > *cuero*) donde pudo haber perfectamente \ddot{O} > ue y pérdida de la yod sobre todo si pensamos en MATERIA > *madera* y no *madeira*. Quede todo ello como posibilidad, que no afecta para nada a nuestro vocalismo protohispánico.

3) *Gallego y portugués*

La relación mutua que contraen el gallego y el portugués no es, por el momento, nada clara, ni se aclarará hasta que nuestros conocimientos sobre el primero —falta de estudios hasta un grado increíble— no aumenten considerablemente. Se suele considerar al proto-portugués, es decir al habla del Minhoto y de Tras-os-Montes, como una simple prolongación del gallego medieval que hacia el siglo XII y al calor de la independencia política de Portugal (Lisboa es conquistada en 1147), inició una expansión hacia el sur de la que ya no pudo participar el gallego vinculado al reino de Castilla. En este planteamiento es normal tratarlos como una sola lengua y adscribir a la nómina de los arcaísmos aquellos rasgos en que el gallego difiere del portugués actual. Sin embargo recientes investigaciones van demostrando que esta hipótesis es demasiado simplista: un fenómeno tan típico del norte peninsular como el ensordecimiento de las sibilantes se atestigua en gallego desde fecha muy remota —que hace impensable el influjo castellano— y lo une así al grupo de dialectos centrales enfrentándolo al portugués, según ha demostrado D. Alonso.

Pues bien, parece ser que en lo relativo a sus respectivos protovocalismos gallego y portugués también muestran desde el principio importantes discordancias: la más conocida y la que más nos importa aquí es el tratamiento de la vocal velar final que es $-o$ en gallego y $-u$ en portugués, aunque con grafía $-o$ desde antiguo que no en vano conocieron ambos una literatura híbrida escrita en una lengua convencional que forzosamente tenía que provocar la unificación; la divergencia es tanto más notable si se piensa que al este y al sur del dominio gallego reaparece nuevamente la $-u$, como $-u$ en ast. occ. y como $-u$ en el centro-oriental y en el leonés del sur de la cordillera cantábrica.

En apoyo de esta divergencia originaria conviene mencionar aquí una curiosa partición dialectal protagonizada por los topónimos germánicos con Ū: aunque los préstamos léxicos debidos a los visigodos son por lo general inaprovechables desde el punto de vista fonético pues casi todos ellos llegaron incorporados ya al latín vulgar o a través del franco, la toponimia es más de fiar, sobre todo cuando una base étnica se reparte profusamente por la península; es lo que sucede con la raíz GŪTHS con *u* breve y naturalmente abierta que ha dejado derivados del genitivo *GŪTINI —*Gudin* en Oviedo, La Coruña, Orense y Pontevedra, pero *Godin* en Braga y Oporto, *Villagudin* en Lugo pero *Villagodim* en Braga—, del caso oblicuo *GŪTINO —*Gudino* en Salamanca, pero *Godinho* en Aveiro—, de *GŪTI —*Gude* en Coruña, *Valgode* en Viseo—, de *GŪTINA —*Gudiña* en Orense, *Godinha* en Portalegre—⁴⁹. ¿Por qué razón habían de marcar estos topónimos el límite entre el portugués de un lado (formas con Ū > o), y el gallego, asturiano-leonés y aún castellano de otro (formas con u < Ū), y no emparentar gallego y portugués en un tratamiento conjunto? Parece razonable suponer que el portugués, al recibir estos préstamos con Ū presumiblemente entre el s. V y el s. VII, poseía todavía ʉ y se los asimiló convirtiéndolos en o cuando ʉ > o y que los demás romances peninsulares no tenían ya ʉ (bien porque ʉ > u como en asturiano, bien porque ʉ > o) y adaptaron Ū germ. a u < Ū quedando los topónimos con u. Por este motivo —y algún otro a que me referiré en seguida— conviene tratar separadamente el portugués y el gallego entre los que el Miño, ayer como hoy, debía marcar ya una cierta frontera dialectal.

Examinemos primero la situación portuguesa. Según señalábamos al comienzo de este trabajo una de las pruebas más sólidas que apoyan la existencia de /u/ en Hispania es precisamente su pervivencia en zonas dialectales de Portugal, bien que como resultado de Ū latina y alternando en sus realiza-

(49) Cfr. GAMILLSCHG, «Historia lingüística de los visigodos», *RFE*, XIX, 1932, pp. 129-31. J. PIEL («Toponimia germánica», *ELH*, I, Madrid, CSIC, 1960, pp. 31-62) se niega a aceptar estos términos como topónimos y los considera nombres de propietarios medievales, cuestión aquí indiferente.

ciones con [y] —ü francesa—. El paso $\bar{U} > \ddot{u}$ en la Romania occidental se suele atribuir a sustrato celta y no tendría nada de extraño que el fenómeno portugués respondiese al mismo origen: en otro caso no se entiende muy bien por qué razón habrían de llegar hasta Hispania fenómenos «celtas» tan característicos como $KT > it$ o la sonorización de las sordas intervocálicas y no el que nos ocupa ($K + a = \bar{S} + a$ es específico de la lengua d'oïl y de extensión mucho menor). Sea como sea lo cierto es que el portugués, o una parcela suya, hizo $\bar{U} > \ddot{u}$ y que esta \ddot{u} frente al francés y al provenzal, no sólo presenta la realización [y] sino también la exótica y escandinava [ɥ].

Partamos del protovocalismo simétrico hispano: si $\bar{U} > /ɥ/$ pero al mismo tiempo $\bar{U} > /y/$ —que \bar{u} pasó originariamente a [y] y no a [ɥ] parece natural pues el primer sonido es, como sabemos, mucho más cerrado y constituye el descendiente natural de \bar{U} entre las vocales mixtas—, no tardarán en surgir conflictos pues [ɥ] y [y] son realizaciones enormemente próximas que en muchos idiomas (sueco p. ej.) funcionan como variante de un mismo fonema. La solución consistía, obviamente, en eliminar el redondeamiento labial de uno de los dos, en protoportugués, sin duda el de [ɥ] como atestigua la conservación de \bar{U} bajo la forma \ddot{u} , aunque no sin una fase de tensión y vacilaciones testimoniada por algunos casos de $\bar{U} = \bar{U}$ propuestos por Lüdtke (*curte, chumbo, fundo*, etc.) y que D. Alonso no consigue explicar satisfactoriamente (cfr. más arriba).

¿Cuál podía ser la suerte de $\bar{u} < \bar{U}$? Nótese que su desaparición total no habría permitido conservar la variante [ɥ] para $\ddot{u} < \bar{U}$, junto a [y]. Hay que pensar que \bar{u} , hecho \bar{u} terminó por asimilarse a /ø/ en todas las posiciones salvo en la final donde \bar{u} no podía entrar en conflicto con *y. De aquí resultan dos importantes consecuencias:

- a) La constitución de un nuevo sistema vocálico del tipo

i	ü	
ɛ	ø	(sistema vocálico asimétrico 3)
e	o	
a		

en el que /ü/ se realiza [y] en posición no final como derivado de \bar{U} (tal vez con variantes [ɥ] también), y [ɯ] en la final, procedente de \check{U} , por más que a la postre el matiz [ɯ] se contagiase también a las realizaciones de \bar{U} (pero no a la inversa pues la realización -ɯ satisface plenamente las exigencias de relajación y sobre todo de distensión propias de la sílaba final; tanto es así que en francés parisiense el paso $\bar{u} > \mathfrak{u}$ se da justamente en tal posición como vimos). Esto explica perfectamente la grafía gallega -o para la final: el oído gallego, empeñado además en crear un idioma y una ortografía híbridos, válidos para ambos dialectos, identificó -ɯ con -o como ya lo había hecho en los docs. asturianos escritos por escribas gallegos (aunque aquí hay una causa estructural como se recordará), pero no habría podido hacerlo si se hubiera tratado de la cerrada [-y] que habría transcrito -u o -i.

b) La \mathfrak{u} no final, hecha \bar{u} , se fundió tempranamente con /o/ (recuérdense las confusiones \check{U} / \bar{O} en pizarras de esta zona frente a la distinción de la pizarra asturiana de Carrio donde /ɯ/ era un fonema distinto de /o/) tras una etapa en la que /o/ se realizaba como [ɥ] cuando procedía de \check{U} y como [o] cuando remitía a \bar{O} (favorecida por la inexistencia de un fonema /u/ en nuestro vocalismo 3 capaz de generar confusiones); de ahí que la \check{U} germánica introducida en el s. V pudiera hacerse todavía o en territorio portugués pero no en los demás, y que las pizarras del siglo V mantengan la distinción \check{U} / \bar{O} .

No es de extrañar pues que el portugués no diptongue \check{E} , \check{O} ni siquiera ante yod: la temprana desaparición del fonema medio abierto /ɯ/ y su sustitución por un /ü/ realizado casi siempre cerrado —[y]— (y que además dejaba vacía la casilla de /u/) impidió la presión de \mathfrak{u} sobre / u / e / i / manteniendo intacto el sistema latino-vulgar en las series extremas, es decir \mathfrak{e}/ϵ , \mathfrak{o}/\circ ; en estas condiciones las primigenias bimatizaciones de $\mathfrak{e} + \text{yod} > \mathfrak{e}^{\text{a}}$ y $\mathfrak{o} + \text{yod} > \mathfrak{o}^{\text{a}}$ no pudieron ser arrastradas por los diptongos y se resolvieron en las cerradas ϵ , \circ ⁵⁰.

(50) Restos de un primitivo desplazamiento $\mathfrak{e} \rightarrow \epsilon$, $\mathfrak{o} \rightarrow \circ$, pronto abor-

Este sistema con [y], [ɥ] < \bar{e} y [ɥ] < \bar{u} perduró sin duda mucho tiempo, hasta que la monoptongación de ou^1 < AU y ou^2 < AL + cons. llegada a un grado O excesivamente próximo a [ɥ] lo hizo peligroso. En este punto se nos presenta una situación análoga a la del asturiano central (Lena y Aller), —es decir conservación de \mathfrak{u} en toda posición hasta la llegada de $ou^{1,2}$ a o— y, curiosamente, una solución del mismo tipo que permite inferir la coincidencia de origen a partir de la de los resultados; para evitar el choque $ou^{1,2}$ comienza a asumir una variante *oi* (atraída de otros, *noite*, etc.) en tanto que \mathfrak{u} se deslabializó, no sólo en posiciones no finales sino también en la final pues carecía de apoyos estructurales, y llegó a -u que es el sonido actual. Con una importante diferencia respecto a Lena-Aller, eso sí: al no poder entrar en relación fonemática con el w- del diptongo, aquí inexistente, la -u final quedó más abierta que en el bable asturiano y sólo llegó a causar una metafonía leve, idéntica a la del ast. or., la cual, como ha mostrado H. Meier⁵¹ en apoyo de nuestra hipótesis no puede ser antigua pues no se produce en la -o final procedente de - \bar{O} (lago / fogo) que tuvo que sonar -u muy tardíamente a imitación de las demás finales velares. Es de destacar que en el Algarbe, donde se mantiene la \bar{u} , se ha conservado O' sin monoptongar y sin alternar con *oi* como al norte del Duero, y aun ha atraído a todo o, y que en Beira Baixa y Alto Alemtejo, que es la otra zona portuguesa peninsular de \bar{u} , *ou* ha monoptongado en una especie de e labializada que permite distinguirlo de \mathfrak{u} .

tado, pudieran ser las bimatizaciones incipientes de \bar{e} , \bar{e} , \bar{o} , \bar{o} , en libre y trabada de una pequeña franja próxima a Oporto en las que se apoya Schürr para elaborar su teoría. Su vieja explicación metafónica ha reverdecido recientemente en un trabajo de T. FERGUSON (*A History of the Romance Vowel Systems through Paradigmatic Reconstruction*, The Hague, Mouton, 1976) en el que aplicando procedimientos comparativistas sin tener en cuenta los textos (?) se hace remontar el esp. a un sistema vocálico de 4 grados de abertura y el port. a otro de 3 al que se llegaría cuando las vocales \bar{e} , \bar{o} , bimatizadas por -u, -i (metafonía que en esp. terminará por diptongarlas), terminan confluyendo con \bar{e} , \bar{o} . No puedo ocuparme con detenimiento de la crítica de este estudio; señalaré, sin embargo que, en mi opinión, Ferguson olvida el problema de la grafía -o, el caso del gallego con - \bar{o} y metafonía, el del ast. con -u, metafonía y, aun así, diptongación, etc., aparte de lo dudoso de $\bar{e} = \bar{e} / \bar{o} = \bar{o}$.

(51) H. MEIER, *Ensaio de filologia romanica*, Lisboa, 1948, pp. 12-13.

En cuanto al gallego no sabemos si originariamente tuvo $\ddot{u} < \bar{U}$: contra su existencia aboga el que no queden restos de dicha vocal redondeada, aunque se trata de zona celta (eso sí, muy al sur) en la que de admitir el influjo sustratista no habría por qué negarla. En todo caso no importa: lo cierto es que / \ddot{u} / —trátese del \mathfrak{u} protohispánico procedente de \bar{U} o del protoportugués resultante de \bar{U} en posición no final y de $-\bar{U}$ en la final (este último muy dudoso como demuestran los topónimos germánicos)— debió caer en época muy temprana, lo suficiente para que no llegase a provocar la bimatisación de las vocales \bar{E} , \bar{O} , ni a permitir que éstas arrastrasen a $\bar{E} + \text{yod}$, $\bar{O} + \text{yod}$. ¿Por qué razón?

Es de destacar que la diferencia más importante entre los vocalismos gallego y portugués, tal y como se presentan en la actualidad, es la falta de diptongos nasales e incluso de vocales nasales al norte del Miño; mas aún: si en portugués la nasalización ha adquirido valor fonemático, cerrando la vocal etimológica, en gallego conservó la abertura originaria desapareciendo después⁵². El origen de la oposición gallego/portugués en el tratamiento de \mathfrak{u} (y consiguientemente de $-o / -u$ final) parece hallarse aquí: la nasalización de abertura debió de producir una variante \tilde{u} o \tilde{o} del fonema / u / ⁵³ que habría competido peligrosamente con / \mathfrak{u} / y que para evitarlo desplazó a este último hasta / o / en fecha muy temprana; en Portugal, por el contrario, / \ddot{u} / no podía fundirse con / o / pues se trataba del derivado de \bar{U} latina, extremadamente cerrado en su realización [y], y en consecuencia fueron las vocales nasales las que se cerraron, fonematizándose al punto y dejando de ser variantes de las correspondientes vocales orales. En apoyo de esta interpretación es de destacar que cuando

(52) P. VAZQUEZ CUESTA y M. A. MENDES DA LUZ, *Gramática portuguesa*, Madrid, Gredos, vol. I, 1971, p. 106.

(53) La nasalización de las vocales tiende a cerrarlas cuando es una mera influencia asimilatoria de la cons. siguiente (así en rum., prov., leon.) pero las abre cuando afecta a todo el sistema vocálico y supone pérdida de la cons. siguiente pues la nariz deja de ayudar, a la cavidad bucal en el mantenimiento de la claridad de la comunicación (cfr. MARTINET, *Economía*, pp. 122 y 164); las vocales nasales, por otra parte, tienden a confundirse con las vocales medias. De ahí lo sorprendente del vocalismo portugués donde la nasalización fonematiza pero cerrando la vocal, y del gallego donde abre sin fonematizar: uno y otro podrían abordarse desde el sistema con \mathfrak{u} .

el gallego y el portugués han rehecho una vieja consonante nasal perdida, ante vocal palatal coinciden en el sonido [ŋ] —VĪNUM > gall. *viño*, port. *vinho*—, pero que al hacerlo tras *u* difieren sustancialmente: el portugués, donde *u* era un sonido redondeado y labializado —[u̠]—, tiene una consonante labial, el gallego, donde ya no existía [u̠] y *u* era velar, tiene una velar ŪNAM > gall. *unha*, [uŋ a], port. *uma*, [uma]; también es significativo que en Beira Alta y Tras-os-Montes, donde ya no existe u̠, haya desaparecido la nasalización preservadora de la distinción, y que en el Alemtejo y Algarbe, zona de ü realizada casi siempre [y], la ũ que ahora peligra confundirse con ella haya pasado a õ en tanto se creaba toda una serie de vocales mixtas sobre ü (ö, ä, etc.) definitivamente instalada en el sistema.

Así pues habrá que concluir que en gallego no hubo seguramente una [y] < Ū, y que la u̠ protohispánica cayó en fecha temprana ante la presión de las vocales nasales y en particular de ũ, de donde se seguiría la -o final gallega y su falta de diptongación. Dejo, con todo, la cuestión abierta, pues el estado tan deficiente de los estudios lingüísticos gallegos no permite afinar más⁵⁴.

(54) Las posibilidades explicativas de nuestra u̠ no paran aquí. Hay toda una serie de cuestiones marginales que podrían ser abordadas desde el vocalismo protohispánico simétrico l, pero que por no afectar al cuerpo del trabajo y sobre todo por la poca seguridad con que las suscribiría prefiero poner en nota: 1) La curiosa evolución «ibérica» de Ū + L + cons. se explica muy deficientemente suponiendo como quiere Brüch («L'évolution de l'L devant les consonnes en espagnol», *R.F.E.*, XLII, 1930, p. 1-15) una hispánica L media conservada tras e. i pero convertida en u tras a, o, u y luego ou > oi > ui (más ouv > ov), pues aparte de la evidencia del carácter velar de la L pinguis latina y de la l' en cat. y port., y de las numerosas excepciones que tal propuesta acarrea, el paso oi ui es altamente improbable dado que oi se conserva en leon. y el cast. rechaza tanto oi como ui en otros procesos (**agüero* > *agüero*); más razonable parece partir de la especificidad de Ū suponiendo que u̠ < L', dado su carácter labial casi equivalente a u̠ < Ū tendió a unificarse con ella, pero atendió también al carácter labial de las consonantes envolventes: a) ante cons. labial no equivalente (sin capacidad de absorción) u̠' = u̠¹ + u̠² disimiló perdiendo su redondeamiento labial y quedó u̠ > u (CŪLMINE > *cumbre*, SŪLFURE > *azufre*), salvo en posición inicial donde u̠¹, reforzada, se mantuvo distinta de la incipiente u̠² (impidiendo su vocalización definitiva) y terminó dando o (ŪLMUS > *olmo*); b) ante cons. dental u̠², sonido intermedio entre u e i como sabemos, fue atraída hasta el extremo palatal convirtiéndose en yod al tiempo que cerraba y deslabializaba u̠¹ (MŪLTU > *muíto*, *mucho*, CŪLTELLU > *cuitelo*, *cuchillo*); c) ante cons. labial equivalente u̠² fue absorbida por ella y u̠¹ pasó normalmente a o (FŪLVU > *overo*, ŪLVA > *ova*), salvo cuando una labial equivalente re-

5) *Y al fondo el vasco*

Tal y como se ha ido perfilando este trabajo no se me oculta que la hipótesis más aventurada, de las muchas que necesariamente contiene, es la de la existencia de un fonema /u/ general, en los orígenes, a toda la península. Independientemente de las razones objetivas —internas o externas— expuestas arriba, su capacidad explicativa me parece fundamental. En realidad no es raro que la lingüística se vea precisada a postular un fonema teórico, y si con ello explica determinados hechos la opción parece justificada; lo cual no es óbice, sin embargo, para que el hallazgo de un hitita, como el que dio razón del fonema shva utilizado por Saussure para aclarar el problema de las alternancias e/o/Ø del indoeuropeo, parezca aquí empresa difícil.

A no ser que recurramos al vasco: si la u latina arcaica se generalizó en Hispania en toda posición debió hacerlo apoyada por algún hecho de sustrato, o al menos esto parece lo más probable. Desgraciadamente —y aunque la posible relación de la pervivencia de -u final con el vasco no ha dejado de señalarse⁵⁵— el euskera nos ayudará poco pues los préstamos latinos a dicha lengua conservan tanto la ū como la ī, reflejando una adquisición antigua en la que se tomó directa-

forzaba a u¹ en cuyo caso u², muy alejada de ella, vaciló entre la vocal y la consonante (PŪLVUS > polvo, PŪLTERU > potro, poltro). Es de destacar que las excepciones a los puntos a, b y c se dan sobre todo en gall. (*coitelo*) y en cat. (*sofre*) es decir en los romances donde u fue efímera, y que OLT no evoluciona de forma paralela a ūLT (*suelto, vuelto*, no **soito, *socho*, etc.). 2) Sorprende la dependencia existente entre la confusión de B- / V- iniciales (que D. ALONSO —«B = V en la península hispánica», E.H.L., supl. t. I, op. cit.— ha rastreado en fecha muy temprana y en sentido decreciente este-oeste como es sabido) y la pérdida de -u final: pudiera pensarse que el paso -v > ū fue obstaculizado por la existencia del fonema /u/² pues habría dado lugar a una confusión silábica molesta (wēho = hēho, siendo w = u = h); es de destacar que la zona portuguesa que posee v labiodental coincide con la que conserva islotes de u en la actualidad. 3) La apócope de -o < ū en el sufijo ELLU, que M. PIDAL (*Oríg.* p. 180 y ss.) registra copiosamente por toda la toponimia peninsular, podría obedecer a absorción de -u (sonido que oscila de ø a y, como sabemos) por la palatal lateral, más que a una supuesta particularidad del habla mozárabe que R. LAPESA no ha podido atestiguar («La apócope de la vocal en castellano antiguo», *Est. M. Pidal*, II, 1951).

(55) V. GARCÍA DE DIEGO, *Gramática histórica española*, Madrid, Gredos, 1970, p. 78. Para los latinismos del vasco cfr. J. CARO BAROJA, *Materiales para una historia de la lengua vasca en sus relaciones con la latina*, Salamanca, 1945. Cfr. SŪSPECTA *suspitxa*, MŪCCU *muku*, etc.

mente el vocalismo latino clásico. Esto no quiere decir que los préstamos no reflejen la fase ulterior en que $\ddot{u} > u$ perduraba sólo en posición final pues mientras -Ĕ, -Ē, -Ī, -Ī pasan uniformemente a -e, -Ū queda a menudo -u.

Mas volviendo a los orígenes: ¿por qué había de perder el vasco nuestra hipotética u si ha sido capaz de conservar otros fonemas consonánticos tan característicos como /z/ o /š/, y ello aun habiéndolos poseído el castellano para luego ensordecernos y/o velarizarlos. La razón hay que buscarla, sin duda, en el distinto grado de integración fonemática de unos y otros fonemas: mientras /z/ y /š/ pertenecen a series complejas y aun a varias correlaciones consonánticas a la vez, /u/ era un fonema aislado que constituía por sí solo una inestable serie media condenada a desaparecer cuando lo hicieran las u de los dialectos romances vecinos, el castellano y el aragonés que se superpusieron con el tiempo al vasco en una complicada situación bilingüe. Si el entorno vocálico del idioma romance circundante hubiese sido favorable la u del vasco se habría conservado.

La anterior no es una suposición sin fundamento: el vasco suletino, rodeado de un francés con \ddot{u} , tiene precisamente un fonema (¡no un sonido!) / \ddot{u} / del que carecen los dialectos del otro lado de los Pirineos. Se me dirá que esta \ddot{u} nació por influjo francés o provenzal (es, en efecto, la explicación más común) y que no tiene nada de extraño. Pero esta hipótesis parece bastante improbable: curiosamente el vasco de Larrau, población contigua a la frontera franco-española, tiene un sistema vocálico que a las cinco vocales castellanas añade una \ddot{u} *mucho más abierta que la francesa*; más aún: si la \ddot{u} es abierta, y esto no puede querer significar sino que se trata de u , que así la explican los fonetistas, como \ddot{u} francesa abierta, las vocales u e i lo son también (⁵⁶, j) —sin duda por presión de u como sucedió en los orígenes de la diptongación peninsular—, y las demás, e , o , a , han desarrollado un *correlato largo o doble que en ocasiones asume valor distintivo* ⁵⁶.

(56) Cfr., R. LAFON, «Contribution à l'étude phonologique du parler basque de Larrau (Haute-Soule)» *Miscelánea homenaje a A. Martinet. Estructuralismo e historia*, La Laguna, 1967, t. II, pp. 77-107. Cfr. *óeu* / *óeu*, *aagian* / *agian*.

¿Por qué razón había de surgir en el habla de Larrau un sistema vocálico tan diferente al francés por influencia gala, y en particular una *ü* completamente distinta a la francesa? No se me ocurre ninguna a no ser que esta parcela del suletino conserve un viejo vocalismo autóctono desaparecido, por razones de contagio fonético, en los demás dialectos vascos (o tomado del latín vulgar hispánico lo que alejaría la más que verosímil hipótesis sustratista, pero conservando el valor probatorio del vocalismo simétrico con /*u*/). ¿Nos hallamos ante el primitivo vocalismo protohispánico —con /*u*/ y un incipiente grado de bimatización en las vocales más abiertas que no ha progresado hasta la diptongación porque el sistema francés envolvente con *e/ɛ*, *o/q* se ha encargado de evitarlo⁵⁷— milagrosamente preservado para nosotros? Al menos —que en estas cuestiones de paleontología lingüística toda prudencia es poca— es una posibilidad. Resulta muy sospechoso que el francés haya prestado al vasco de Larrau su fonema /*ü*/, y que éste lo haya mantenido, aunque abriéndolo, *con valor fonemático*⁵⁸, y que sin embargo no haya sido capaz de cederle también el fonema paralelo /*ö*/ que completa la serie media —inexistente en suletino aun como sonido variante de /*o*/—, ni su sistema paralelo de fonemas vocálicos nasales —los cuales sólo se dan en Larrau como variantes

béna / *bena*; la *u* de Larrau es un fonema que contrae oposición con *u* e *i* (*badúzu* / *badüzü*, *öördü* / *ördi*); también existe *ü* / *i* pero no *uu* / *u* por la asimetría bucal.

(57) También el vocalismo del Algarbe ha abierto *e* hasta *ɛ* y *e* hasta *ɛɛ* todavía más abierta sin llegar a diptongarla porque el portugués general con *e* / *ɛ* se opone a ello (cfr. LÜDTKE, H., «Beiträge zur Lautlehre portugiesischer Mundarten», *Hom. Martinet*, op. cit., t. I, p. 109).

(58) Los préstamos fónicos de lengua a lengua difícilmente se conciben como fonemáticos; en su origen comienzan por ser variantes de un fonema ya existente y, si acaso, terminan por erigirse en realización única (es el caso del ant. fr. donde /*u*/, contagiada de ciertas pronunciaciones «célticas» terminó en /*ü*/ mientras *ou* se hacía /*u*/). Ciertamente que S. MARINER, continuando las investigaciones de U. Weinreich, ha observado recientemente casos de préstamo fonológico en latín (del gr.) y en catalán (del cast.) —«El préstamo fonológico», *R.E.L.*, 6/2, pp. 301-8—. Sin embargo se trata o de fonemas integrables en series ya dadas (cast. /*x*/ = cat. /*x*/, antes /*k*/) o de préstamos cultos que la lengua popular no adoptó a la postre según revelan los resultados romances de la *Ypsilon* y de las aspiradas griegas. Lo que se hace difícil de admitir es que un fonema extraño cambie de realización, establezca oposiciones en todo tipo de términos (incluso en las desinencias verbales, lo que demuestra una integración total) y no arrastre, ni siquiera como variantes, a los compañeros de su serie.

combinatorias cuando una *h* se encuentra entre dos vocales, y desde luego sin valor distintivo—.

Por otro lado, y con esto termino, la extremada antigüedad de los préstamos latinos al vasco peninsular abona nuestra hipótesis: si la romanización fue tan antigua que el vasco ha sido capaz de conservar en sus préstamos el primitivo vacalismo cuantitativo —que, como es sabido, comienza a declinar en época imperial—, ¿qué tiene de particular que la arcaica *u* del latín (conocida todavía por Quintiliano) haya podido perdurar en Hispania, y aun extenderse a toda posición, con ayuda de un sustrato lingüístico poseedor de esta misma *u*? (o de un sonido muy parecido; poco importa que investigaciones espectrográficas modernas alteren ligeramente los datos del suletino o del ast. occ. pues se trata de vestigios modernos de una vocal medieval).

ANGEL LÓPEZ GARCÍA

Universidad de Valencia.